

Lágrimas Nocturnas



Yani Emanuel Castillo

EL DÍA EN QUE TE CONOCÍ

Enzo

¿El día que la conocí? Lo recuerdo a la perfección. Aquella mañana recibí un llamado a mi oficina desde uno de los depósitos que tenemos en la ciudad y de inmediato me hice presente en el lugar junto a algunos colegas. Nos encontramos con un grupo de activistas ecológicos impidiendo la salida de un cargamento de pieles que pertenecían a la empresa a la que represento legalmente.

Parecían dementes arrojando pintura al cargamento y pidiendo por la protección animal a gritos. Llevaban carteles con imágenes de animales despellejados diciendo que nuestra empresa los dejaba así.

Al ver que la policía estaba a punto de arrestarlos me acerqué al oficial a cargo. “Buenos días oficial, mi nombre es Enzo Caletti, soy el abogado de la empresa. ¿Me dejaría hablar unos minutos con estas personas?”. Asintió con la cabeza y me acerqué a ellos.

“¿Quién de ustedes está a cargo de este circo?” pregunté con un tono algo intimidante y tratando de mirar a los ojos a todos. No me salía bien el papel de rudo, pero debía imponer presencia.

“Creería que yo estoy a cargo del circo. Y usted sería el payaso ¿es correcto?”. Fue la respuesta de una hermosa joven que inmediatamente se paró frente a mí y me miró de una manera algo desafiante. No podía creer a lo que me enfrentaba, había pasado por este tipo de situaciones cientos de veces y jamás había visto algo así. “Aunque respeto mucho el trabajo de los payasos, no soy uno. Soy Enzo Caletti, el abogado de la corporación PENCAS y tú, niña, estás impidiendo que nuestro camión salga a destino”. Elevé el tono de voz y miré a todos: “les recomiendo salir de aquí antes de que la policía se los lleve”.

En ese momento pude ver el odio en su mirada, quizá por ser el abogado de su

diablo o, tal vez, por hacer referencia a su edad.

“No será la última vez que me verás frente a tus camiones que transportan sufrimiento y dolor. ¿Lo entiendes?” Me preguntó mientras dibujaba círculos al aire con su índice, le indicaba a su grupo que tomaran sus bicicletas para partir de allí. Definitivamente esa chica tenía algo y me fue imposible no preguntarle. “Lo entiendo niña, pero al menos debería saber el nombre de la loca que quiere atacar camiones de tortura y todo eso que dijiste”.

“Que se te grave a fuego abogado Caletti; el nombre de la mujer que te hundirá a ti y a todos estos maltratadores es Ana; Ana García. Y no vuelvas a llamarme niña si no quieres que el siguiente camión transporte tu piel”.

“Increíble”, pensé con una sonrisa casi a escondidas de mis colegas. *Ana*

¿Que si recuerdo el día que conocí a Enzo? Por supuesto, es imposible olvidar esa mañana de verano. Mi grupo y yo habíamos pasado la noche en un café cercano al depósito de pieles de PENCAS y teníamos información de que muy temprano un camión saldría a llevar pieles, al menos eso intentaría. Teníamos todo listo, cientos de litros de pintura, carteles y las imágenes de los animales torturados por esos psicópatas.

Esperamos al amanecer y nos dispusimos en la salida de carga donde abordamos al camión y abrimos sus puertas. Miles de pieles listas para ser vendidas. Le arrojamos pintura y rodeamos al camión para que no se fuera.

Luego vimos llegar a la policía dispuesta a arrestarnos, pero justo antes de eso llegó algo aun peor. Un auto alemán se estacionaba justo al borde de nuestros pies y un imbécil engreído vestido de traje, hablando desde su móvil bajó. “Son sólo unos niños Gerard, lo solucionaré y recuerda que tenemos un partido de golf mañana” decía a la persona del otro lado del móvil con una arrogante sonrisa.

Se acercó a un poli y hablaba por lo bajo. Parecía que quería mostrarnos su poder, era como si dijera “puedo arrestarlos cuando yo quiera”.

Luego se acercó a nosotros y preguntó quién era el líder. No dude en responderle “Yo estoy cargo payaso y espero que nunca olvides mi nombre,

Ana García. Seré la piedra en los zapatos de tu compañía”. Sonrió mirando hacia abajo y se alejó.

Tomamos nuestras bicicletas y nos marchamos. El resto de los chicos fueron a sus casas, Alan y yo fuimos al muelle a ver los barcos partir. Siempre hacíamos eso, nos fascinaba la idea de algún día abordar un barco y poder irnos lejos de aquí. Aunque él no hablaba mucho yo sabía que le encantaba la idea.

Alan ha sido mi mejor amigo, siempre ha estado a mi lado y aunque no compartía muchas de mis ideas, me apoyaba sin dudarlo. Es el amigo que cualquiera quisiera tener.

Alan

La mañana en que Enzo y Ana se conocieron. Fue algo duro para mí, recuerdo que nos pasamos toda la noche en un café, lanzamos pintura a un camión y hasta casi nos arrestan. Creo que Enzo evitó que la policía nos llevara y eso fue un alivio para mí. Esa tarde tenía un examen muy importante y no podía faltar. Me faltaba poco para cumplir el sueño de mi madre y obtener mi diploma, sería el médico que ella siempre había soñado.

Mi madre no estaba bien de salud y lo único que yo hacía era recorrer protestas de ecologistas y faltar a clases.

Esa misma tarde me presenté en la Universidad, no sin antes ir a ver los barcos que a Ana tanto le gustaban.

Hubiera llegado tarde y quizá hubiese perdido el semestre de no ser por Enzo quien me llevó hasta mi destino.

Luego de acompañar a Ana hasta su hogar, dejamos su bicicleta y salí tan rápido como pude a buscar mis apuntes y cambiarme esa ropa llena de pintura. Yo iba corriendo, había perdido el autobús, hasta que un auto negro de lujo se estacionó y bajó la ventanilla trasera “veo que llevas prisa, deja que te lleve”. Era Enzo con su propio chofer y he de reconocer, me vinieron preguntas a mi cabeza, pero no me importaba; debía llegar a tiempo.

Subí de inmediato y relajé mis piernas, una vez en marcha el chofer preguntó “¿a dónde los llevo señor?”. Enzo le respondió muy amable “él nos dirige Robert”.

Nunca le había indicado a nadie mi destino, ni siquiera en taxi, nunca utilizaba taxis, eran caros. Enzo me miró con su característica sonrisa y me sentí obligado a responder, “A la facultad de Medicina por favor”, el chofer asintió e indicó que en quince minutos estaríamos allí.

Tuve que preguntarle “¿cómo me encontraste? y ¿por qué me ayudas? Se supone que atacamos a tu camión; deberías odiarme o llevarme a prisión que es donde debería estar ahora”. Vaya que cuando quería se ponía serio y su tono de voz podía intimidar. De todas maneras, me respondió educadamente, “No fue difícil encontrarte, de hecho, sé quiénes son todos ustedes gracias al policía con el que hablé. Deberías tener más cuidado Alan Farías, la policía no será tan paciente como yo. Y técnicamente no nos hicieron daño, todas las pieles estaban plastificadas. No es la primera vez que nos arrojan pintura”.

Cuando llegamos a la Universidad, aún faltaban cinco minutos para el horario de examen así que mientras abría la puerta para bajar, regresé el rostro y pregunté, “¿No eres muy joven para ser tan rico?”. En ese momento él estaba leyendo algo en su móvil y al oír mi pregunta simplemente respondió “No se deje llevar por las apariencias señor Farías, ni siquiera hacen dos años que egresé de la Facultad de Derecho, mi padre siempre ha tenido buenos contactos”.

Entendí que su fortuna era algo así como una herencia familiar, no lo sé, pero le agradecí, tomé la tarjeta que me entregó y fui corriendo a mi examen. Por cierto, fue todo un éxito y estaba a menos de un semestre de obtener mi diploma.

Al salir de la Universidad, ya era de noche y yo estaba lleno de alegría. Me senté en la parada del autobús y me puse a pensar bastante. Realmente me había costado mucho aprobar ese examen, había pasado casi diez días durmiendo menos de cuatro horas. Debía tomar una decisión y es por eso que al día siguiente hablé con Ana.

Enzo y Jana

Casi no hice sonido al abrir la puerta, pero es imposible evitarla, "¿Amor eres tú?", preguntó mi esposa Jana. Inspiré profundamente y mientras arrojaba las llaves de la puerta sobre nuestra antigua mesa, le respondí "Por supuesto, ¿esperabas a alguien más?" intentaba ser amable con ella. Era cada vez más difícil.

"Preparé las pastas con ensalada verde que tanto te gustan. En realidad, las ordené utilizando una de esas aplicaciones móviles en las que armas tu propio plato con los ingredientes que quieras. ¿Las conoces?"

Era hermosa, inteligente y estoy seguro que alguna vez la amé. Llevaba puesto un largo vestido rojo, se veía radiante y mientras la miraba de pies a cabeza le respondí "No conozco esa aplicación, pero de seguro alguien está ganando millones con esa genial idea. ¿Por qué llevas ese vestido?"

"Pensé que estábamos de celebración. Me enteré de que salvaste de unos locos a un lote de pieles de chinchillas, ¡valuado en cientos de miles de euros! Eres el héroe de papá". Lo dijo mientras abría una botella de champaña.

No sabía cómo ser amable ante esas palabras. "No eran locos Jana, y no lo puedo creer, ¿Gerard y tú hablan todo el tiempo?"

Ella me miró sorprendida y me preguntó si me sentía bien. Se sentó frente a mí y me dijo "Alguien que intenta arruinar pieles con pintura, está loco. Y por si lo olvidaste, Gerard no es mi jefe, es mi padre y hablamos todo el tiempo. Estábamos orgullosos de ti. Solo quería celebrar contigo, no tengo idea de que te sucede, eres un imbécil". Se levantó sin perder la elegancia y simulaba a la perfección esa lágrima que empezaba a caer por su mejilla.

Subió por las escaleras y no tengo idea si oyó mis disculpas. Me sentía devastado y no sabía que me ocurría; nunca le había hablado de esa manera, ella solo intentaba ser gentil y tenía razón, fui un imbécil.

Aún seguía pensando en mis palabras cuando oí el timbre, "vaya, esa aplicación realmente es exprés". Abrí la puerta y no había nadie, solo una nota en papel amarillo: "Abogado Caletti me gustaría hacer una tregua con usted. Mañana estaré en el bar Lágrimas Nocturnas, el del centro, espero poder hablarle".

“Sus pastas con ensalada verde señor” me dijo un chico mientras aún tenía la nota entre mis manos. Tomé el paquete del chico, le di su propina y cerré la puerta con el pie derecho; en una mano traía mi cena y en la otra una horrible nota sin firma. ¿Y qué se supone que debo hacer con esto? Me pregunté.

Jana

Jamás olvidaré ese día. Mi padre, Gerard Asnet, dueño de la mayor distribuidora de pieles finas de toda Europa me había dicho que estaba orgulloso de mi esposo; me había contado toda esa historia de los locos de la pintura y la manera en que Enzo controló la situación sin que ningún medio de prensa se enterara.

La última vez que había escuchado a mi padre decir que se sentía orgulloso de alguien, fue de mi hermano, el día que ganó el torneo anual de remo de Cambridge. Todos en la familia extrañamos a Freddy, tenía toda una vida por delante, pero gracias a Dios su legado está con nosotros, y ese legado acaba de cumplir 4 años; se llama Fred en honor a su padre y vive en nuestro hogar.

De verdad me sentía feliz esa noche y quería compartir una cena con mi esposo, pero estaba claro que algo le sucedía y yo estaba dispuesta a averiguarlo sin importar el costo.

Debo admitir que soy una mujer que se ha criado “a la vieja escuela”, me he refinado con el tiempo, es verdad, pero aun así las palabras de Enzo tocaron mi corazón.

Esa noche luego de que él defendiera a los locos y cuestionara la relación que tengo con mi padre, no pude contener las lágrimas, subí las escaleras y fui a la habitación del pequeño Fred a dormir luego de llorar por casi una hora.

“¿Estás bien?” preguntaba Fred al oírme llorar. “Claro que si pequeño, solo estoy muy feliz. Duerme yo te cuidaré”. Traté de cesar mis lágrimas y me acurruqué junto al niño. Fue una larga noche.

A solo unas calles de allí Alan bajaba del autobús para darle las buenas noticias a su madre. Olga una mujer y madre soltera de avanzada edad que con mucho esfuerzo y amor crio a su hijo, depositó en Alan todo su esfuerzo y

dedicación, quería lo mejor para él.

Olga

Aquel día fue algo estresante para mi hijo, recuerdo que había pasado la noche en un café con sus amigos estudiando para un importante examen. Cerca del medio día esperaba a que llegara a almorzar, me costaba mucho esfuerzo levantarme de mi cama con el suero puesto en mi brazo, pero sabía que mi pequeño estaba dando lo mejor de sí; las horas pasaron y no llegó sino hasta la tarde, estaba lleno de manchas de pinturas. Entró a la casa corriendo, besó mi frente y me dijo que se ducharía y que estaba demorado.

Mientras buscaba sus libros y corría por la casa le pregunté por las manchas en su rostro, me dijo que Ana le había hecho una broma y que en la cena me lo contaría. En menos de una hora estaba listo, siempre con esa sonrisa tan hermosa y preocupado por mí. Le dije que me sentía bien y que le esperaba para la cena, el dolor me estaba matando, pero no quería que se preocupe; es un buen chico.

Ana fue su amiga desde el pre escolar, se querían mucho. Recuerdo cuando Alan cumplió cinco años, él estaba triste porque nadie había venido a su fiesta y es que yo trabajaba a doble turno, y entregué las invitaciones a los padres de los niños solo unas horas antes.

Justo antes de desarmar la mesa de juegos que había puesto en el patio trasero, Ana, y su madre Cristina, entraron por el costado de la casa con unos enormes globos y un silbato que no dejaba de sonar. Pude ver la alegría en los ojos cristalizados de mi pequeño, se sentía feliz. Jugaron por horas e incluso Cristina al ver la situación, me propuso llevarlos al parque los fines de semana, estuve de acuerdo de inmediato.

Desde aquel día ellos fueron inseparables, todo lo hacían juntos y ella era como mi hija, me contaba todo acerca de su vida. Tuvo una adolescencia algo difícil, pero con la ayuda de Alan supo superar las adversidades.

Eran inseparables, o al menos eso creí.

Cristina

Enzo y mi hija se conocieron el día de mi cumpleaños, ¿cómo olvidarlo? Ana me había dejado sola durante varias noches sin siquiera avisarme como se encontraba, le encantaba verme preocupada.

Desde que su padre nos abandonó ella cambió mucho. Se volvió una persona incapaz de expresar amor, odiaba al sistema y a casi todas las personas. Decía que cada vez que conocía a una nueva persona; amaba más a los animales.

No recuerdo qué hacía, ella no me contaba casi nada, solo sé que salió una tarde con su mochila y unos baldes de pintura que, según ella, utilizaría para pintar el refugio de perros en el que es voluntaria.

Yo estaba a punto de cortar mi pastel mientras me cantaba “cumpleaños feliz” a mí misma cuando oí la voz de Alan. Me asomé y vi a ambos manchados de pintura. Ella se veía sonriente e intentaba jugar con Alan, él se veía preocupado sin muchas ganas de seguirle la corriente.

Cuando ella entró a la casa, seguí viendo a través de la ventana, ese chico se veía apurado, salió corriendo como si hubiera visto un fantasma.

En fin, era mi cumpleaños y mi única hija había llegado a tiempo para disfrutar del pastel. “Vaya, han trabajado duro estos días con Alan” se lo dije con algo de complicidad. Ella aún seguía sonriendo como si continuara recordando algo gracioso y me respondió “Feliz cumpleaños mamá, siento no haber llamado es que tuvimos mucho trabajo en el refugio” mientras me abrazaba intentando no mancharme.

Tomé sus hombros y le aparté de mí, miré sus ojos y tratando de no quebrarme en un llanto desgarrador le dije “Te amo Ana, eres todo lo que tengo y si eres feliz con lo que haces, adelante”, envolví su cuello con mis brazos y nos fundimos en un abrazo de pintura.

A ella le costaba ser demostrativa, no solía utilizar frases que expresen amor, asique un abrazo, para mí fue lo mejor que me había pasado en años.

MELODÍAS DE UN CAFÉ

El día en que Ana y Enzo se conocieron fue uno de esos que no se olvidan. Todos se sintieron afectados de alguna manera, pero una de las personas que más ha sufrido estaba dispuesta a investigar. Jana, una ejemplar esposa que siempre ha apoyado a su esposo se sintió usada, sintió que Enzo se había cansado de ella luego de alcanzar un alto puesto en la empresa y ahorrar el dinero suficiente como para crear su propia empresa.

Llevaba meses notando comportamientos distantes, fríos y hasta indiferentes. Estaba dispuesta a llegar al fondo de la verdad y entender el porqué de tantas preguntas.

Por su parte, Enzo se sentía extraño, no podía explicar con exactitud lo que le sucedía. Estaba seguro de que ya no amaba a Jana, pero no tenía nada que ver con ninguna otra mujer.

Su esposa era atenta, educada, organizada, amable y muy detallista. El tipo de mujer que cualquier hombre quisiera tener a su lado; o tal vez no tanto.

Ana y los demás miembros de la organización activista ecológica, estaban listos para darle una lección a Enzo. Le habían citado al bar Lágrimas Nocturnas donde le esperaban con ansias. Ellos estaban convencidos de que, si lograban tocar al representante legal de la empresa, harían tambalear a toda la empresa.

Alan se sentía decidido, estaba dispuesto a poner todas las cartas sobre la mesa. Por supuesto, sabía del inminente y pésimo plan “aleccionar al abogado” y fue justo por eso que pospuso su charla con Ana para el día siguiente. A él le encantaba verla hablar en público. Cada vez que lo hacía su rostro se sonrojaba, su voz era cautivante y siempre, pero siempre le buscaba con la mirada, como si Alan le diera la tranquilidad para seguir hablando.

Cuando llegó el día de la reunión, todos estaban listos y sabían lo que debían hacer.

Con una rápida búsqueda en su móvil, Enzo ubicó el café al que debía asistir en la noche; Ana y su grupo tenían el proyector listo y Jana; Jana Asnet sabía perfectamente lo que debía hacer.

Enzo

Me desperté temprano aquel día y me esmeré en prepararle un desayuno continental a Jana, era mi manera de pedirle perdón. Mientras colocaba las tazas de café en la mesa y esperaba a que mi esposa bajara, eché un vistazo al mapa de mi móvil, “Café Lágrimas Nocturnas, estos chicos sí que saben esconderse” pensé mientras ubicaba la dirección. El lugar quedaba de camino a casa, asique pasaría por allí al salir de la oficina.

“No puedo creerlo, hiciste el desayuno. ¡Y hasta tienes miel silvestre! Y ¿el chocolate para Fred? Despertará pronto”. Se veía hermosa hasta en pijamas asique no dejé de mirar su cuerpo mientras bajaba las escaleras. “El chocolate está en el refri, le gusta frío. Te ves hermosa ésta mañana”, se lo dije mientras la tomaba de la cintura y ella abrazaba mi cuello, sellando mis palabras con un delicado beso.

No podía entender lo que me sucedía, creía que estaba dejando de amarla. Pero al abrazarnos podía oler aquella fragancia a flores del bosque en su cuerpo, su delicada piel era tan suave como la porcelana, sus labios provocativos y esa manera de mirarme antes de encender la pasión, ¡Simplemente era perfecta!

“En un rato Robert llevará a Fred a su clase de francés, ¿qué te parece si pasamos el día juntos en casa?”. No era lo que dijo, sino cómo lo dijo. Creo que me convenció cuando se mordió el labio inferior mientras me hablaba.

Fue una mañana intensa y reveladora para mí, el día se pasó volando y no tuve noción de la hora, ella no me daba respiro y eso me encantaba. Sentía que muchas de las dudas que tenía se habían disipado y quizá empezaba a valorar a quienes me amaban de verdad.

En un momento de descanso busqué mi móvil y no tengo idea de cómo fue a parar en la mesa de noche, entre tanta locura lo habré dejado allí, justo en ese momento me di cuenta de que estaba muy demorado asique me apresuré y traté

de llegar lo más rápido que pudiera al torneo anual de golf de la empresa. Es un evento social muy importante en el que se tejen la mayoría de los negocios de todo un año y yo estaba casi fuera.

Por cierto, aquel hermoso desayuno que incluso estaba adornado con flores, había quedado como un simple adorno. Imaginé la sorpresa de Ester, la tierna señora que se encarga de mantener la limpieza de la casa, cuando tuvo que desarmar esa mesa.

Jana

El día siguiente a la noche en la que Enzo me demostró que yo ya no le servía, me preparó un patético desayuno lleno de flores del jardín, esa mesa parecía una maceta, lo único lindo era la miel silvestre, amo la miel silvestre.

No recuerdo tantos detalles, solo tenía en claro que ese mismo día mi plan se ponía en marcha. Le coquettee un poco, tuvimos sexo y logré que faltara al trabajo. En realidad, quería que no llegara a ese absurdo torneo anual de golf que mi padre había organizado y que era muy importante, o al menos eso decían cada año.

Podía darme cuenta cuando me besaba, acariciaba mis partes y tocaba mis piernas, pero yo ya no sentía lo mismo que antes. No puedo negarlo, el sexo era bueno, pero era solo eso, sexo.

Logré retenerle todo lo que pude, hasta cerca de las cinco de la tarde. Intercalando el sexo, leyendo antiguas cartas y hasta viendo fotografías de las vacaciones familiares. En algún momento fui al baño y encontré su móvil que yo había escondido en una de las mesas de noche.

Se levantó de la cama como un desquiciado, casi desnudo y con su móvil en la mano, “Tu padre me matará Jana, ¿Cómo dejamos pasar la hora de esa manera?” me dijo con su típico tono de voz gruesa que empezaba a odiar. Traté de mantener la línea y le respondí con la voz más dulce que haya oído en su vida, “Lo siento cariño, solo quería estar contigo y no pensé en el trabajo”. Él se sintió mal por culparme de su irresponsabilidad así que me pidió disculpas y salió tan rápido que no me dio tiempo de darle un tierno beso de despedida.

Gerard

El día más importante para los ejecutivos de la empresa, cientos de clientes y distribuidores de toda Europa se reúnen cada año a mi torneo de golf. Casi nadie juega y ese no es el punto; todos quieren cerrar negocios conmigo o mis socios. Y lo más increíble, mi yerno y apoderado legal de la compañía, Enzo un prestigioso abogado especializado en comercio internacional con varios masters en el exterior, no llegaba y ni siquiera respondía a mis llamadas. Empezaba a enojarme de verdad, “si no fuese por su padre y por mi hija lo hubiese despedido hace años” pensaba mientras me hablaban de la semana de la moda en París.

Habíamos terminado la jornada y yo mismo me había encargado de invitar a todos a la cena en el Club Campestre de PENCAS. El personal de limpieza hacía su trabajo y yo estaba en mi oficina viendo el listado de compradores y la manera en la que les haría llegar mis productos cuando de repente ese desgraciado entró, “Lo siento Gerard, tuve unos problemas” lo dijo como si eso arreglaría algo.

Se sentó y antes de que empezara a darme explicaciones le dije “No me importa Enzo, el que perdió las mejores oportunidades fuiste tú. Esta noche habrá una cena en el club y ya envié los detalles a tu email, espero no faltes”. Ya no tenía oportunidades de cerrar nuevos negocios, los había tomado todos yo mismo, solo quería saber que le sucedía, nunca había faltado a un evento tan importante.

Quizá fui duro con él, pero conocía perfectamente a Enzo y la única cosa que podía ponerlo en sus cabales, era el dinero.

Se levantó de la silla, acomodó su corbata, respiró profundo y me dijo con toda seguridad “Allí estaré Gerard”. Si hay algo que valoro de un hombre, es que me mire a los ojos cuando da su palabra.

Luego vi que tomó sus carpetas y volvió a salir. Yo tenía que coordinar la entrega de pieles a más de cinco países y pensar en qué invertiría los millones de euros que ganaría. Lo sé, soy amante del dinero, al igual que el inútil de mi yerno Enzo Caletti.

Robert

La señora Asnet fue muy explícita, quería que llevara al pequeño Fred a su clase de francés, pero cuando le dije que ese día no había clases, volvió su rostro y mirando la salida norte de la casa me ordenó “No me importa Norbert, le llevas al parque o donde sea. Regresa cuando te llame y recuérdame que tengo que pedirte algo”. No me importaba que fuera vulgar en sus palabras o no recordara mi nombre, era una mujer muy bella y además pagaba mi salario.

Llevé en el maletero mi ropa de gimnasia y fuimos con el niño a un parque donde jugamos con un balón y además hicimos volar dos cometas.

Almorzamos hamburguesas, saboreamos helados artesanales y le dimos varias vueltas a la ciudad hasta que el señor Caletti me llamó de urgencia. Era tarde y no sabía que me esperaba en esa casa.

Detuve el coche en una gasolinera y mientras Fred esperaba me puse el uniforme, ni siquiera fueron cinco minutos y mi móvil volvió a recibir un mensaje “¿dónde estás? Apresúrate”, el señor definitivamente estaba demorado.

Unos metros antes de llegar por la entrada sur, el señor me esperaba en la acera. Eso realmente era muy raro, usualmente esperaba dentro de la casa y yo le avisaba al llegar.

“Vamos Fred baja, ve adentro de la casa y te veré en la noche” le dijo al niño mientras le bajaba del coche y le daba un beso en la frente. “Y tú apresura el ritmo vamos a mi oficina” me ordenó mientras arreglaba su desalineada camisa blanca.

Luego de dejar al señor frente al edificio, entré al estacionamiento como era habitual “¿Trabajando hasta tarde Robert? ¿Cómo se encuentra Carol? Hace tiempo no pruebo un pastel de limón como solo ella sabe hacerlo” me dijo Tino, un buen hombre de larga historia en la empresa y que por alguna razón terminó siendo guardia del garaje. Casi sin detener la marcha le respondí “debo trabajar horas extras por esos pasteles, te veremos pronto” le respondí.

Aparqué el carro en su lugar y me dispuse a encender un cigarro mientras

analizaba lo que la señora Asnet me había dicho; me había pedido que le recuerde que debía decirme algo. Supuse de estaríamos allí un buen rato asique tomé mi móvil y empecé a buscar entre mis contactos. “Aquí estás” dije al ver su número telefónico, es que todo el tiempo debo cambiar los nombres de mis contactos, Carol suele ser algo celosa.

“Disculpe la indiscreción señora, es que llegaremos tarde y usted pidió que le recuerde que debíamos hablar” le dije mientras disfrutaba de mi cigarro y me imaginaba siendo alguno de los ejecutivos que entraban y salían en sus lujosos coches del garaje.

Entendía perfectamente lo que la señora me había pedido y estuve en desacuerdo de inmediato, pero su oferta fue imposible rechazar. “Tenemos un trato Jana” dije y llevé al móvil al mi bolsillo derecho. Se me había dibujado una sonrisa, quizá de sorpresa, no lo sé, pero estaba emocionado “no lo puedo creer” pensé mientras seguía sonriendo.

Luego de algunos minutos viendo fotografías en el móvil, el señor Caletti salió por la puerta de servicio y traía muchas carpetas y papeles sueltos.

“Señor solo debe llamarle y lo esperaré en la entrada principal, deje que le ayude con eso” le dije mientras cargaba sus cosas en la parte trasera del coche.

Puso sus manos en su cintura, tomo aire y me dijo “Presta atención Robert, tengo una cena muy importante en el club campestre y conduciré yo mismo, necesito que vayas a un lugar y le entregues esta carta a una mujer, se llama Ana García, es pequeña de estatura, tiene ojos verdes y cabello claro. Dile que además de informes y documentos hay una invitación muy especial al aeródromo, una credencial de invitada, dile que vaya el sábado y espero contar con tu discreción. Es una activista ecológica a la que debo convencer de nuestro buen accionar” dijo y pareciera que tenía todo bajo control “Casi lo olvido, es un café extraño, te enviaré la dirección en unos minutos, conduce al centro y no te olvides de coordinar el horario para el sábado con ella”.

Las instrucciones estaban claras asique dejé en ese mismo lugar al señor Caletti y empecé a conducir al centro. Sobre todos esos papeles y carpetas había un sobre con el nombre; Ana. Imaginaba que era su credencial de

invitada al club aéreo, pero debía verificar. Me detuve al lado del camino y abrí el sobre, era una absurda nota de disculpas y efectivamente había una credencial de entrada.

Cogí mi móvil y de inmediato llamé a la señora, “Jana su esposo me ha enviado a llevar unos documentos y una invitación al club aéreo a una tal Ana García ¿qué desea que haga?”. Se la oía molesta “Ese idiota nunca me lleva al aeródromo, entrégale todo a la tal Ana, cambia el horario y averigua lo que puedas”.

No me dio tiempo de colgar la llamada asique seguí conduciendo y llegué al lugar que el señor Caletti me había indicado a través del móvil.

Realmente era un bar de mala muerte; pero ya estaba allí asique entré y me encontré con unos jóvenes ebrios.

Pregunté por Ana García y en ese momento un ángel se acercó. “Enzo tiene buen gusto” pensé mientras le entregaba los documentos y la carta. Por supuesto, también tuve que pedir disculpas por la ausencia de ese idiota. Y luego simplemente me retiré.

Alan

Allí estábamos todos esperando a que Enzo llegara, teníamos un proyector, algo de alcohol y varios informes documentados de organizaciones que denunciaban a PENCAS por maltrato animal. Ya casi eran las nueve de la noche cuando le ofrecí a Ana acompañarle a su casa, la veía muy triste y le pregunté “¿Segura que solo estas triste porque la compañía no quiere oírnos o porque el abogado no vino?”.

Ella estaba sentada en el pequeño escenario donde suelen tocar músicos de jazz, sin siquiera mirarme me respondió “Era nuestra oportunidad de hacernos escuchar. No me interesa el abogado y ya que estamos aquí ¿por qué no me vas adelantando del tema que quieres hablar mañana conmigo?” Era una experta evadiendo preguntas y yo evadiendo respuestas “Ya habrá tiempo de hablar” le dije.

Mientras desarmábamos nuestro proyector y acomodábamos las sillas del café, entró un hombre apuesto con una elegante manera de hablar nos dijo “El

señor Caletti les ofrece sus más sinceras disculpas por no poder asistir a esta reunión, le ha surgido un imprevisto y promete ponerse en contacto pronto. Me indicó que le entregara esta carta a la señorita García” y luego se retiró.

Ana al oír que la carta era para ella fue corriendo a tomarla y se puso a leer en voz baja. Todos esperábamos sus comentarios.

“Son varios informes de inspecciones del Gobierno donde se detallan las buenas prácticas de la corporación. Una nota dirigida a mí sugiriendo que haga algo productivo de mi vida y una invitación, eso parece. No puedo creer que en lugar de venir a dar la cara haya enviado a uno de sus asistentes” Ella se veía molesta y dolida, no podría definirlo claramente.

Sentí que debía decir algo, podía ver la decepción en los ojos de mis amigos asique me puse de pie y les pedí su atención:

“Durante los últimos años hemos luchado incansablemente por el bienestar de los animales, hemos colaborado en refugios, asistimos a las vacunaciones de perros y hemos hecho muchas colectas. Pero en los últimos meses nos hemos vuelto agresivos y hemos cometido delitos. Dime Juan, ¿cuántas veces dejaste a tu pequeña hermana sola en casa por salir a encadenarte a un árbol mientras tu madre trabaja doble turno para pagar tus estudios? o tu Daniela, ¿qué le dices a tu esposo cada vez que sales por más de tres noches a planificar un ataque vandálico? O tú Ana; mi supuesto amor Ana García ¿Cuándo fue la última vez que me preguntaste cómo estaba de salud mi madre antes de llevarme a arrojar pintura a pieles? o ¿si me gustan esos barcos que me llevas a ver? Puede que ese hombre sea un idiota, pero tiene razón, todos aquí deberíamos hacer algo productivo de nuestras vidas y estoy seguro de que pueden hacerlo. Y por cierto Ana, el hombre que vino no es su asistente, es su chofer y no te molestes en preguntarme cómo lo sé. Nos veremos algún día”

Al fin les había dicho todo lo que pensaba y sentía, todos teníamos más de veinticinco años y ya era hora de madurar.

Mi mente estaba definitivamente más tranquila, pero mi corazón; mi corazón gritaba por ayuda.

Ana

La noche en la que nos reunimos en el café Lágrimas Nocturnas, el abogado Caletti no llegó; me envió una carta y unos informes con su chofer, que por cierto me dijo que la cita era a la diez en punto, no sabía de qué hablaba y no me importaba en ese momento.

Esa reveladora noche marcó mi vida. Mi amigo; mi mejor amigo me había destrozado el corazón utilizando palabras tan hirientes que hasta le odié por unos segundos.

Cuando estábamos preparando todo para irnos del café, él se puso de pie y subió al escenario con su botella de wiski a hablarnos a todos. Nos indicó todos nuestros defectos y al igual que en la nota del abogado, nos sugirió que hiciéramos algo de nuestras vidas. Quizá quería que todos fuésemos médicos como él o nos dedicáramos a recaudar dinero para el Gobierno.

Nunca había sido tan duro con sus palabras y pensé que defendía la causa porque teníamos los mismos ideales. Pero resulta que, según él, fui yo quien le arrastró a esto.

Y, por cierto, también se le ocurrió decir que yo era su amor. Puede que el alcohol le hubiera hecho daño.

No supe responder a sus palabras, nadie supo que decir. Parecía que los demás le daban la razón con su silencio y sus cabezas agachadas. Terminó su discurso y se marchó sin más. No tenía idea de lo que había hecho, nos quedamos viendo su partida y dudando de nosotros mismos.

“Quizá sonó extraño viniendo de alguien que nunca habla, pero tiene razón, he abandonado a mi hermana muchas veces y ni siquiera he empezado una carrera” dijo Juan; a lo que le siguieron las palabras de Daniela “No estoy segura de que tenga razón, pero todo esto ya me ha traído muchos problemas en casa, estoy fuera Ana, lo siento” y ambos se fueron.

Me quedé haciendo homenaje al nombre del café y derramé mis propias

lágrimas nocturnas. Todos tenían razón y una etapa de mi vida se terminaba.

DESTINOS ESCRITOS

Pareciera que los caminos de todos ellos estaban marcados a fuego, al menos eso parecía.

Alan había decidido alejarse de Ana y dedicar todo su tiempo a su madre Olga y a obtener su diploma. “No volveré a hablar con ella”, eso le decía a su madre cada vez que Olga le veía con los ojos cristalizados mirando a través de la ventana que ofrecía un paisaje de viejas casas y un árbol alto que ya había perdido sus hojas.

Enzo sentía la presión del poder y cedería ante él, no se desempeñaba bien en ambientes hostiles y prefería la calma y la decepción antes que la locura de concretar sus deseos. Estaba listo para cerrar posibles puertas que se hubieran abierto sin que nadie quisiera.

Jana estaba satisfecha con su brutal desempeño y estaba segura de que Enzo no volvería a dudar de su amor. Aunque en ocasiones se la veía débil, en realidad era una mujer despiadadamente tenaz.

Casi todo fue verdad y Ana lo sabía, las palabras de Alan, la nota de Enzo y el abandono de sus amigos le mostraban a las claras el rumbo, pero antes, estaba dispuesta a asistir a la reunión con el abogado Caletti en el aeródromo.

Ana

El sábado había llegado y ambos asistieron a su cita con distintas perspectivas, conflictos de intereses y predispuestos a terminar con esa superficial relación que se había creado.

Simplemente me acerqué al guardia de la entrada y le mostré la identificación que me habían entregado y mi pasaporte, “Un momento señorita” me dijo el guardia y entró a una pequeña casilla de vidrio donde revisaba una lista. “Entonces esto hacen los ricos los fines de semana” pensé mientras veía un pequeño avión sobre volar la zona, debo admitirlo, se veía divertido.

Luego de unos minutos y varias miradas a través del vidrio, el guardia salió

con una sonrisa y se le notaba la incomodidad “Señorita ha llegado dos horas antes de la acreditación de su tarjeta, debe regresar en un par de horas para poder ingresar”. Eso era imposible, el chofer de Enzo me había dicho que esté allí a las diez en punto.

“Hola chicos. Vamos Jerry, es una amiga solo deja que entre, está de vacaciones, mostremos nuestra amabilidad” dijo una elegante mujer al guardia. Ella estaba parada justo detrás de mí y había oído de mi error de horarios.

“Señora disculpe por no haberla hecho pasar, es que la entrada principal está en la otra calle, es un honor que esté aquí” respondió el guardia que se notaba muy nervioso. Vaya, esta mujer era importante y el guardia lo sabía, nos hizo entrar de inmediato.

Debo decirlo, esa mujer tenía elegancia hasta para respirar. “Mi nombre es Sara y ¿tú eres...? Preguntó mientras me estrechaba su delicada mano “Me llamo Ana García, un amigo me invitó a este sitio, pero hubo un error con los horarios, gracias por lo de la entrada” le expliqué algo avergonzada. “No te preocupes linda, para eso estamos las mujeres. Tu amigo debe ser importante y según escuché aún faltan dos horas para que llegue, ¿Te gustaría un paseo?” dijo mientras veía una avioneta en su hangar.

Esa mujer era elegante y muy amable pero no podía abusar de su confianza, había visto unas sillas en la entrada y estaba dispuesta a esperar en ese lugar. “Sara te agradezco la invitación, pero no puedo aceptarla. Ya hiciste mucho por mí”. Ella simplemente sonrió y saludó a un piloto que pasaba, me miró e insistió “Vamos Ana, aún faltan dos horas y éste es un club de vuelo; volemos”. Realmente se veía divertido así que le respondí “Gracias Sara, será la primera vez que suba a un avión”.

Sara se veía feliz por mi respuesta positiva y de inmediato empezó a dar indicaciones a un joven que nos seguía a todas partes. “Nuestro avión estará listo en menos de una hora y el vuelo dura cuarenta y cinco minutos, llegarás a tiempo para tu cita. Tomemos unos tragos y cuéntame de tu amigo mientras esperamos” dijo.

Ahí estábamos las dos en el bar hablando como si nos conociéramos de toda la vida. Creo que los tragos refinados no solo son más sabrosos que el wiski

de Alan, parecieran tener más alcohol, eso no importaba, me la estaba pasando genial. “Cuéntame algo de tu amigo, su nombre, qué hace y tal vez sepa quién es” dijo Sara entre tragos.

Yo no tenía nada que ocultar y me sentía muy cómoda. Podía hablar sin pensármelo tanto “Se llama abogado Caletti, o Enzo Caletti quizá. Representa a una compañía que tortura animales y yo a una organización que defiende los derechos de los animales, bueno quizá la organización ya no exista, pero aun quedo yo ¿tú que piensas Sara? Dije con un tono algo extraño.

“Enzo Caletti, sí sé quién es. Ha disuelto el trabajo de muchos ecologistas atacándoles en la Corte, es un poco despiadado, pero negocios son negocios. Eso dice cada vez que gana una demanda y alardea en público” recordó Sara.

Ella parecía ser una amante de las selfis, a cada tres minutos nos tomábamos una fotografía juntas. Algunas con el avión de fondo o una botella de alcohol entre las manos. Y al instante las publicaba en mi red social, era una buena mujer.

“Señoritas es un placer anunciarles que su avión está listo, seré su piloto y espero disfruten del vuelo, estaré esperando por ustedes” dijo un hombre apuesto que vestía de blanco, se veía genial. “¿Lo oíste Ana? Tu primer vuelo está listo. Sube, preparé unas cosas e iré detrás de ti” dijo Sara emocionada.

Tenía algo de miedo al subir, me senté y podía ver la manera en la que Sara hablaba con el piloto en la pista. La azafata se acercó con una copa de más alcohol y no dudé en beberlo de un trago. Me pidió que me abrochara el cinturón y así lo hice.

Cuando el piloto subió se veía algo extraño en su mirada, ya no sonreía. De repente pude ver que la azafata cerraba la puerta y le dije desesperada “Aguarde, Sara aún no ha subido”. El piloto respondió “según el manifiesto usted es la única pasajera señorita”.

Esa mujer me había abandonado en aquel avión, podía ver como se retiraba por la pista sin mirar a nadie y ya no se la notaba feliz. En aquel momento pensé que se trató de una llamada de urgencia, iba hablando con alguien en el móvil y parecía importante.

“Ok, ya estoy aquí, intentaré disfrutarlo y todo estará bien” me lo repetía mentalmente tratando de calmar mis nervios. Mis manos temblaban y sentía que en mi estómago todo se revolvía. “Tranquila señorita, todo estará bien” me dijo la azafata al verme así.

El despegue fue algo movido y todo fue más quieto unos minutos después, la azafata me indicó que podía desabrocharme el cinturón y así lo hice, ya casi no podía respirar. Luego de diez minutos de vuelo empecé a oír el sonido de una alarma o algo similar, veía al piloto desesperado presionando botones e indicando que nos pusiéramos los cinturones. La azafata se encerró en la cabina con el piloto, pero aún podía oír las alarmas. Me abroché el cinturón y no paré de llorar y gritar, la turbulencia era brutal y en medio de la cabina cayeron máscaras de oxígeno y un pequeño cartel indicaba la ubicación de un chaleco salvavidas inflable. Estaba tan asustada que al estirar la máscara arranqué la manguera que suministra el oxígeno, dejé inflar el chaleco salvavidas en mi cuerpo y quedé inmóvil. No quería morir.

Enzo

Ese día llegué a la hora acordada, Robert me dejó en la entrada norte y fue a disfrutar de su día libre.

Era el medio día y me acerqué por la entrada principal a preguntar “Buenos días, la señorita Ana García me espera para un almuerzo ¿podría indicarme en que restaurante del club se encuentra? El recepcionista escribió el nombre de Ana García y me respondió con una mirada extraña “¿La señorita García se encuentra esperando por usted?”. No entendí qué sucedía “Es lo que le acabo de decir, la señorita García espera por mí, dígame donde está” se acababa mi paciencia y me preocupaba que algo le hubiera pasado. El de la recepción con algo de pena en su mirada, me indicó la salida a la pista con la cabeza. Salí de inmediato y estaba Ana, no la podía reconocer, no lo podía creer “¿Qué te hicieron niña?” pensé mientras corría hacia ella.

Estaba en medio de la pista sentada al lado de jet, dos guardias intentaban levantarlo, pero ella se los sacaba de encima y gritaba, no entendía lo que decía, tenía una careta de oxígeno y un chaleco inflable amarillo. El piloto no paraba de reírse y aparentemente grababa todo con su móvil desde las

escalerillas del jet. Me acerqué tan rápido como pude, empujé a un guardia y dije “Déjenla, salgan de aquí”, eso parecía causarle más gracia al piloto que reía con más fuerza, se tomaba del estómago, como si le doliera lo gracioso de la situación.

“Ana mírame, soy yo” le dije luego de que me empujara varias veces, pero en algún momento me miró y creería que me reconoció. Sus ojos en ese instante se llenaron de luz y me abrazó tan fuerte como jamás nadie lo había hecho.

No paraba de llorar y no me soltaba, yo tampoco quería soltarle, quería estar así para siempre a su lado. Ella se sentía segura y yo me sentía completo. Le saqué la mascarilla y el chaleco con cuidado y muy despacio; y mientras le decía que todo estaba bien le ponía mi saco y le acercaba al bar para que se sentara y le dieran agua.

Una vez que ella estaba segura regresé a la pista y esos dos guardias y el piloto aún seguían riéndose de ella. Con una sonrisa nerviosa en mi rostro y mano derecha temblando en mi bolsillo les dije “Ustedes dos que se suponen cuidan a la gente, ¿tenían que ser tan crueles? ¿les ha gustado el espectáculo? Aún hay más” ambos se pusieron serios y respondieron con unas disculpas; pero ese piloto era un imbécil, “¿Esa loca es tu novia?” me preguntó con una burda sonrisa. Me acerqué a él mirando el suelo y le golpeé el rostro tan fuerte como pude, volteé hacia los guardias y les dije “Les avisé que había más espectáculo. Idiotas”.

Cuando regresé al bar todos los allí presentes tomaban fotografías y hablaban entre ellos, la palabra que más se escuchaba era “loca”, no podía golpear a todo el mundo, pero juro que lo deseaba. Sabía que la gente rica era despiadada, pero nunca había visto tanta crueldad. Tomé mi móvil y hablé con Robert, le pedí que pasara lo antes posible.

Salimos de allí y le pedí a Robert que nos dejara en el centro de la ciudad, ella empezaba a salir del susto y hasta reconoció al chofer, “éste es el hombre que enviaste con aquella nota y esa tonta invitación, que torpe fui en creerte, me hiciste ir a ese lugar dos horas antes solo para que todos los ricos se rieran de mi” me dijo mientras se quitaba mi saco y expresaba decepción. “Ana no tengo idea de cómo hiciste para subir a un jet privado y porqué terminaste en la pista con un chaleco y una máscara” le dije y de repente “Un momento, le

dije a Robert que te citara para las doce día, la idea era almorzar y mostrarte los documentos de inspección del Gobierno a la corporación” expliqué, “Tu asistente y chofer dijo a las diez en punto, no me tomes de loca, quizá esté un poco ebria, pero aquel día estaba sobria o eso creo” me respondió Ana. Miré el espejo retrovisor y Robert me devolvía la mirada “Yo le dije a la hora del almuerzo señor, de seguro solo fue una confusión” dijo Robert con mucha calma.

Una vez en el centro, le pregunté si quería comer algo o beber agua. Ella no dejaba de caminar y yo le seguía “Ya basta Ana, deja de comportarte como una niña mal criada” le dije mientras le tomaba el hombro. Definitivamente sentía que había hablado como un idiota, “lo siento solo quiero almorzar contigo y demostrarte que la corporación no tortura animales”. Ella dejó de caminar, parecía que de repente estaba sobria y me dijo “Tu corporación puede comprar las voluntades de todo el mundo, tú puedes manipular todas las situaciones, pero ¿sabes qué no puedes controlar? Mis sentimientos. He sido muy tonta” su tono era tranquilo y eso me preocupó. Me agradeció por haberle acercado hasta el centro de la ciudad y se dirigió a la parada de autobuses, intenté disculparme nuevamente y me interrumpió con un tono de voz muy suave “no tienes la culpa de nada, yo estaba equivocada” dijo.

Esas palabras me confundieron, sentí que nos habíamos acercado y de repente toda la distancia del mundo nos separaba, “¿qué hice tan mal?” pensaba mientras veía como partía en aquel autobús.

Olga

Ese día desperté muy temprano, nuevamente me dolía mucho todo el cuerpo asique tomé un analgésico. Siempre lo tomaba muy temprano para que mi niño Alan no viera esas pastillas, él se preocuparía de más y yo realmente las necesitaba; mi médico sabía que mi hijo se preocupaba mucho por mí, asique me las daba en secreto. Era un buen hombre y pronto mi pequeño sería médico también.

Alan despertó algo tarde, cerca de las ocho de la mañana y yo le hacía un desayuno de los que le gustan, se veía tan angustiado y descuidado. No sabía si era por Ana o había estudiado hasta tarde, entonces le dije “Buenos días mi pequeño doctor, has estado leyendo hasta tarde o el estudio no permite que te

saques la barba”. Su respuesta no era la que esperaba, quizá estaba estresado por tantos libros que leer y decidí ir a mi habitación para dejarle tranquilo. De todas maneras, no podía estar mucho tiempo en pie, me cansaba y la enfermera se enojaría si me veía andando, era una buena chica, pero sus agujas dolían bastante.

Oí que en el algún momento de la mañana llegaron unos chicos, quizá eran los compañeros de Alan, realmente se estaban esforzando mucho por obtener sus diplomas y yo estaba orgullosa de todos ellos.

Incluso creo haber escuchado la voz de Ana, no estaba segura, las drogas eran tan fuertes que ni siquiera pude responder a las palabras de Alan cuando entró a mi cuarto. Solo podía llorar, estaba orgullosa.

Alan

Desperté algo temprano ese día, debo reconocer que todo aquel asunto con Ana me estaba costando llevar. Cuando me acerqué a la cocina vi que mi mamá estaba preparando un desayuno, definitivamente no podía creerlo, se veía bien y pensé que la terapia estaba funcionando, ni siquiera se quejaba de ningún dolor y eso me hacía feliz.

Pero como era habitual en ella, no pudo evitar hablar del tema y me preguntó por Ana y hasta cuestionó mi barba. Realmente no le estaba dando importancia a mi apariencia y me sentía invadido.

Ni siquiera me había despertado completamente y mi madre ya me estaba cuestionando todo, así que decidí responderle “Mamá ¿siempre tienes que cuestionar todo? Ya te dije que no volveré a hablar con Ana y no me he rasurado la barba ya que supongo que tengo la edad suficiente para decidir qué hacer, ¿o tú que piensas madre?”. Ella sirvió la mesa sin responderme y me invitó a sentarme, luego acarició mi cabeza y me dijo que se recostaría a ver televisión por un rato.

Me había comportado como un verdadero imbécil. La única mujer que me amaba de verdad, la única mujer que me cuidaba y que velaba por mis sueños, la única mujer que supo reconstruir mi corazón cada vez que lo destrozaban en miles de pedazos; esa mujer estaba sufriendo por mis horribles palabras.

Me senté a la mesa con un nudo en la garganta sin saber qué hacer, la culpa llenaba mi corazón y las lágrimas empezaban a caer. Creía que las lágrimas nocturnas habían sido suficientes para mí, pero ahí estaba yo, con el corazón en la mano y derramando lágrimas por mi idiotez.

No lo resistí, fui a darme una ducha, me rasuré hasta la última barba y me puse aquel elegante pantalón negro que tanto esfuerzo le había costado a mi madre comprarlo, una camisa blanca bien planchada y una disculpa sincera. Estaba listo para hablar con mi mamá, pero el timbre sonó “Debe ser la enfermera” pensé.

Pero para mi sorpresa eran Juan y Daniela; esos chicos a los que también había maltratado en el café diciéndoles que hicieran algo de su vida. “Chicos no pensé volver a verlos, realmente siento mucho todo lo que dije”, ambos se miraron entre sí y Juan respondió “Técnicamente tenías razón, aunque hayas sido un completo imbécil, tenías razón. Estamos aquí por otra cosa”. No sabía de qué se podía tratar, les invité a pasar y me contaron todo lo que había pasado aquella mañana con Ana, era la estrella de las redes sociales.

Vimos en el móvil de Daniela las fotografías publicadas en la red social de Ana, con comentarios de una tal Sara Jones como “Aquí viviendo la buena vida”, “Los tragos de este club son de lo mejor” y muchas cosas más que ni siquiera requieren explicación. Ana la estaba pasando genial, disfrutando de la vida de los ricos; no entendía asique pregunté “¿La idea sería aplaudir que se consiguió un novio millonario, no lo entiendo?”.

Daniela me miró y dijo “¿Que acaso no puedes esperar unos segundo antes de condenar?” preguntó y agregó “Mira estos vídeos”. Era Ana disfrazada de astronauta amarillo y todos estaban riendo de ella. Le habían jugado una cruel broma, todos le trataban como una loca en sus redes. Pero en uno de los videos se observa a Enzo llevándole a una silla y dándole agua; no tenía idea de qué le habían hecho, pero se habían pasado. Conocía a Ana y sabía que estaría devastada. Le pedí amablemente a Daniela y a Juan que guardaran sus móviles, ya no quería verla sufrir.

Ambos se levantaron decepcionados y se dispusieron a partir, “al menos deberías llamarle, ¿no la amabas hasta hace dos días?” dijo Juan. Los acompañé hasta la puerta de mi pequeña casa y les respondí “la sigo amando,

pero ella ha decidido estar allí, sabe que cuenta conmigo y conoce mi número de teléfono”. Daniela sonrío y mientras se marchaban dijo “no lo puedo creer, pensé que harías algo”, me dolía ver que sufriera, pero no había nada que yo pudiera hacer o decir que borrara lo ocurrido.

Había establecido mi orden de prioridades y debía hablar con mi madre. Necesitaba pedirle perdón por todas las tonterías que había dicho en la mañana. Entré a su cuarto y esperaba a que me viera tan impecable como a ella le gustaba. Parecía dormida y no quería despertarle, así que puse la silla al lado de su cama, apagué el televisor y empecé a hablarle muy bajo, le recordé todo lo que había hecho por mí, desde criarme sola hasta trabajar horas extras para que yo tuviera ropa decente en la Facultad de Medicina y hasta ser mi psicóloga cada vez que herían mis sentimientos. Le conté como con una simple caricia de sus manos, mi corazón volvía a latir.

Tomé su mano, ya llena de moretones causados por las agujas, y le besé. No pude contener las lágrimas y necesitaba que perdonara mis errores. Pude ver que una lágrima rodaba por su mejilla y eso me hizo sentir peor. En ese momento entró la enfermera que el hospital nos había designado y me dijo que debía higienizar a mamá. Sequé mis lágrimas y cuando estaba saliendo, la enfermera me dijo “Sabes que todo esto es normal, tu madre todo el tiempo habla de ti y de tu futura carrera como médico, está muy orgullosa”, respiré y le contesté evitando las lágrimas “Saber que el cáncer destruye vidas es normal; pero que tu madre lo padezca no es nada normal”, me retiré a mi habitación.

Jana y Robert

Sabía todo lo que haría Jana aquel día y para ser sincero, me parecía abominable, incluso sentía algo de culpa. Esa mujer era hermosa, tenía dinero y poder, pero yo sentía que había vendido mi alma por unas monedas que no podía disfrutar.

Esa mañana dejé al señor en el aeródromo y tenía libre el resto del día, ni siquiera sabía en qué gastar el dinero que Jana me había pagado por mis actos de traición. El señor Caletti era un buen hombre, en ocasiones era molesto, pero jamás le hubiese hecho daño a su esposa.

Recuerdo que una hora después de dejar al señor recibí su llamado de urgencia, quería que regresara por él lo antes posible, podía oír su desesperación. “¿Que le habrá hecho a Ana?” me pregunté mientras conducía de regreso.

Al llegar el señor y Ana subieron al coche, me pidieron que condujera al centro de la ciudad. Ella estaba un poco ebria y casi descubre que era yo el que había cambiado los horarios. Respondí con serenidad que todo podía tratarse de un simple mal entendido y los bajé cerca de la plaza central.

Conduje hasta la casa de Tino, el guardia del garaje de PENCAS, me sentía culpable y necesitaba el consejo de un hombre con experiencia. Así que fui hasta su casa y de camino compré un pastel de limón. “Hola Tino, te he traído pastel de limón” le dije. Él estaba arreglando una vieja camioneta y mientras se limpiaba la grasa de las manos me dijo “No necesito probar ese pastel para saber que no es casero. ¿Y Carol?”. No sabía cómo plantear la situación, por lo que le seguí la corriente, “Mi esposa te envía sus saludos y tienes buen ojo, el pastel no es casero, lo compré al venir”. Ese hombre era misterioso, se sabía que alguna vez ocupó altos cargos en la corporación, pero nadie sabe por qué terminó siendo guardia del garaje de los ejecutivos. “Vamos pasa Robert, justo iba a tomar un descanso. Toma asiento, pero cuidado con la silla marrón, es algo floja” me dijo mientras servía jugo de naranja en una gran jarra.

Debo ser sincero contigo Tino, siento que eres como un padre para mí. La señora Jana me pagó dinero por boicotear los planes del señor Caletti con una joven y me siento culpable. “Eres culpable Robert, la joven ¿es una aventura de Enzo?” sentenció Tino con más seriedad. Le dije lo que sabía “No estoy seguro de que sea una amante, el señor Caletti solo le enviaba informes de inspecciones gubernamentales y ella pertenece a una organización ecologista, creo” le respondí.

Tino se puso de pie y me dijo “esa camioneta que estoy reparando, fue la que transportó la primera carga de pieles de la corporación PENCAS a un pequeño taller de alta costura. Conozco a Jana desde pequeña y puedo asegurarte de que no es una mala persona, solo intenta proteger lo suyo, pero en este caso estamos hablando de una persona, de Enzo, que no le pertenece a Jana ni a nadie. En mi opinión deberías contarle a Enzo lo que has hecho y

pedir disculpas tantas veces como sea necesario y si no te molesta, debo seguir con lo que estaba haciendo. Que tengas buen día Robert y espero hagas lo correcto”.

Ese hombre tenía razón. Yo estaba dispuesto a contarle todo a Enzo y devolverle el dinero a Jana. Quizá nunca me lo perdonaría, pero al menos debía intentarlo. Mientras salía le dije a Tino “Siento haberte fallado, sé que me veías como a un hijo, intentaré solucionarlo”, simulaba estar muy ocupado con ese viejo motor y dijo “gracias por el pastel, te veré el lunes”.

Jana

Fue un día brutalmente divertido. Había llegado al aeródromo en el horario que Ana estaría allí; desde luego que no le dejaban entrar, ni siquiera con una invitación a su nombre.

Se veía tan desalineada, llevaba unos jeans gastados, una camisa blanca ceñida y ¡unos tenis! No entendía qué veía Enzo en esa mujer. “Será más fácil de lo que creía” pensé y le ayudé a entrar. Bastó con unas suaves palabras y un guiño de ojo al guardia.

Una vez dentro me sentía como un niño en una dulcería, había tantas maneras de hacerle sufrir, pero debía ir despacio.

Un piloto conocido sabía que cuando me veía, debía preparar el mejor avión para sobrevolar la zona del bosque, por alguna razón me gustaba ver aquellos enormes árboles; pero desde arriba. Se acercó a nosotras y nos avisó que el avión estaría listo en una hora o menos, casi suspendo el vuelo, pero pensé que podía servirme.

Le dije que mi nombre era Sara o Lara, no lo recuerdo, le hice tomar unos tragos y logré que me hablara de Enzo. Esa mujer estaba loca, por momentos odiaba a Enzo por matar animales o algo así, y a la vez lo amaba por ser tan atento, “Vaya loca se ha encontrado mi esposo” pensé.

Estaba claro que amaba algo, el dinero. Y yo no permitiría que ninguna zorra improvisada se llevara el dinero de mi familia robando mi esposo. No me llevó tiempo diseñar un simple y desgarrador plan, ella entendería el precio

que se paga cuando alguien se mete con lo mío.

Tomé algunas fotografías de ella bebiendo alcohol y mostrando su lado más vulgar, utilicé un falso perfil y publiqué todas esas fotografías en sus redes sociales, pero eso no alcanzaba. Ella se divertía y esa no era mi idea; doblé la apuesta.

Le dije que iría al baño y le deje bebiendo sola en el bar del aeródromo, fui al hangar y le ofrecí dinero al piloto para que le hiciera sufrir durante el vuelo.

Cuando todo estaba listo dejé que subiera y se amarrara el cinturón, esperé que cierren la puerta de embarque y simplemente me fui del lugar simulando que tenía una urgencia. Hubiera pagado por ver su rostro durante el vuelo, pero me bastaron los videos de ella, disfrazada de astronauta, llorando como una niña en medio de la pista.

Su cara estaba por todas partes, el video fue genial, pero había algo que no estaba bien. Enzo aparecía como su salvador secando sus lágrimas y abrazando su asustado corazón, “patéticos” pensé la verlos.

Al regresar a casa le pedí a Fred que no hiciera tantos ruidos con sus videojuegos, subí a mi cuarto y me vi obligada a buscar ayuda y lo único verdadero que me quedaba era mi padre. El sabría qué hacer.

Ya casi era de noche cuando Enzo llegó y saludó a Fred “Bonito juego” le dijo, pero el niño no sacaba sus ojos de la pantalla, “Genial, otro día en el paraíso” decía mientras subía las escaleras.

Fue a darse una ducha y ni siquiera miró en dirección a nuestro cuarto. Esperé unos minutos y me desnudé; usando una pequeña toalla fui hasta la ducha y, “¿Qué rayos haces? ¿No podrías al menos esperar a que yo salga de aquí?” dijo Enzo mientras cerraba la ducha y se envolvía en una toalla, “No puedo creer que ni siquiera pueda bañarme en paz” sentenció mientras cerraba la puerta del baño, estaba muy furioso.

Había tocado lo más profundo de mi corazón y aunque a veces no se notaba, yo también tenía sentimientos. Allí quedé, en medio de la ducha. Un pequeño hilo de gotas mojaba alguno de mis cabellos y mi pequeña toalla colgaba de

mi brazo derecho.

Me había humillado como nadie lo había hecho antes y casualmente, estaba dispuesta a devolver el favor. Abrí la ducha al máximo; convertí ese hilo en unas cataratas y dejé que mis lágrimas se perdieran.

“Todos creen que pueden tratarme mal solo porque soy dura. Aprenderán a respetar mi nombre, todos incluido Enzo”; por alguna extraña razón siempre hablaba conmigo misma durante las duchas.

HABLAREMOS

La relación entre Alan y Ana estaba a punto de quebrarse. El sentía que la había perdido y pensaba que el amor de toda su vida se alejaba entregándose a los confortables brazos del poder. Se cuestionaba el porqué de tantas cosas, por ejemplo, el tiempo que había dejado pasar sin decirle nada.

Sentía que fue un verdadero cobarde y no merecía el amor de nadie. A diferencia de Enzo, un hombre seguro en sus decisiones y que no se anda con rodeos.

Por su parte, Ana sentía que había perdido el tiempo dejándose llevar por la promesa de un amor que no podía ser y se cuestionaba las veces que había ignorado los mensajes de Alan. Sabía que él había demostrado su amor en cientos de ocasiones y ella simplemente ignoraba los hechos. Estaba decidida a escuchar a Alan y a abrir su corazón, quizá con el tiempo lograría amarlo.

Jana siempre ha sido una verdadera princesa de la manipulación y una elegante consejera del diablo. Aunque en ocasiones parecía ser dura e intratable, en realidad era una tierna y hermosa joven escondida detrás de ostentosos vestidos y mucho maquillaje.

La vida le había dado más de lo que necesitaba, pero al mismo tiempo le había quitado mucho más de lo que podía resistir. Su madre, su hermano, un amor verdadero. No quería perder nada más, no resistiría perder nada más y estaba dispuesta a dar batalla si fuese necesario.

Enzo se había quedado con el sabor de la derrota y aunque nunca hablaba con nadie acerca de su padre, siempre le pedía los mejores consejos. Estaba listo para visitarle y oír viejas anécdotas de la corporación PENCAS.

La madre de Alan, la señora Olga estaba pasando por las últimas etapas de su enfermedad y se encargaba de ocultarlo muy bien. Tenía la esperanza de ver a su hijo recibir su diploma y así luego poder partir. Es verdad que últimamente no tenía mucho contacto con la madre de Ana, pero sentía que era el momento

de hablar con Carina, quizá fuera la última oportunidad que tenían ambas de decir la verdad. Un secreto tan grande guardado por años debía ser contado, Ana merecía saber la verdad.

Todo parecía acomodarse de una manera diferente. El día de la manifestación proteccionista frente a uno de los depósitos de la corporación no sólo los había manchado con pintura a todos, también había dejado huellas marcadas a fuego en cada corazón.

El mundo siguió girando y el reloj no dejó de marcar la hora.

Finalmente, Alan estaba listo para recibir su diploma en la típica ceremonia de fin de año y su madre estaba increíblemente orgullosa, quizá eso aún la mantenía con vida.

Olga y Carina estaban de acuerdo en que Ana tenía derecho a saber la verdad, después de tantos años de secretos, su madre le contaría todo.

Ana había logrado reestablecer su relación con Alan, pero esta vez sería diferente, muy diferente. Ambos sabían toda la verdad acerca del abogado.

Lo sabían todo; con una simple búsqueda de “Enzo Caletti” en el móvil se podían ver miles de resultados y fotografías con su esposa Jana Asnet, hija del poderoso peletero Gerard Asnet.

Enzo y su padre habían decidido que mantener estable la relación con la corporación, era la mejor opción para los intereses de todos.

Jana y su padre Gerard habían logrado presionar lo suficiente a Enzo hasta el punto que se había vuelto un perfecto empleado que ya ni siquiera hablaba.

¡Pero de ninguna manera ese podía ser el fin de la historia!

ESCUCHÉ CON ATENCIÓN

Allí estábamos bebiendo vodka barato y hablando, ese hombre era tan terco que todo lo que le había dicho durante una hora, no tenía sentido. Insistí una última vez “Sabes que ella merece saberlo” le dije, el solo sonrió y me acompañó hasta la puerta “Ya es tarde, deberías ir a casa” me dijo. Me cerró la puerta en la cara, era un viejo terco y mal educado.

Jana

La vida me mostraba su lado más bello, sentía como la brisa me acariciaba y las aves cantaban mi nombre.

Nunca fui buena describiendo a la naturaleza, pero me encantaba describir los destinos turísticos, amaba viajar y las blancas arenas del Caribe esperaban por mí. Mi padre me había regalado una semana en aquellas paradisíacas playas y estaba lista para divertirme. Enzo y mi padre tenían mucho trabajo, sería una aventura en solitario.

Nunca me decidía por la ropa adecuada, mientras me cambiaba le pedía su opinión a mi esposo, él se veía desinteresado así que me sentí obligada a recordarle lo que pasaría si me enojaba. De inmediato fingió interés y hasta tuvimos sexo, algo frío, pero sexo al fin.

La hora de partir se acercaba y no había armado las maletas. Pensé un instante y recordé que había una tienda super exclusiva cerca del hotel en el que me hospedaría “Compraré todo allí” pensé al ver todas mis ropas sobre la cama. Solo me llevé el bolso de mano con mi pasaporte, mis tickets de vuelo y mi black card. Robert me dejó en el aeropuerto y se marchó, se había comportado algo extraño las últimas semanas, pero de verdad, no me importaba.

Debo admitir que la clase ejecutiva había mejorado bastante, había más espacio y las azafatas utilizaban algún perfume francés suave, Chanel supuse.

Al llegar al hotel le entregué mi pasaporte y mi tarjeta de crédito al

repcionista, “Hay un error señorita, la suite cinco estrellas ya está ocupada, se le ha asignado un nuevo lugar” dijo luego de verificar mi reserva. Eso era imposible “No arruines mi día, quiero ir de compras, ¿qué lugar me dieron?” le dije tratando de mantener la calma y lista para aceptar el cambio de habitación. El hombre se agachó y levantó una llave dorada que puso sobre el mostrador, “La Suite Presidencial señorita”. Tuve que hacer un gran esfuerzo para no saltar de la alegría, esa Suite nunca está disponible y en ese momento era mía. “¿A qué se debe esto?” pregunté mientras le arrebatava la llave, el recepcionista se veía incómodo y dijo “Es una simple cortesía del hotel señorita”, era extraño, pero de inmediato subí a disfrutar de mi habitación.

La habitación definitivamente era la más lujosa que había visto, más camas de la que usaría, una oficina enorme y hasta su propio gimnasio. Sabía que sería una semana soñada.

Salí del hotel a hacer compras en la tienda más exclusiva de la isla. Allí estaba yo, viendo trajes de baño, zapatos de noche, bolsos, relojes... necesitaba algo así desde hacía largo tiempo.

Mientras hablaba con una diseñadora de moda noté que ella observó a alguien detrás de mí, no quise ser grosera así que no giré el cuerpo para ver, hasta que de repente, una suave mano tocó mi hombro “Jana Asnet, hace años que no nos vemos” voltee lentamente y no lo pude creer “Víctor Muñoz, ¿qué haces aquí? Pensé que estabas en los pozos petroleros con tu padre en Arabia” le dije mientras nos dábamos un cuidadoso abrazo.

Vaya que se veía guapo y aunque estaba vestido completamente de blanco, le sentaba de maravillas. “Mi padre y mi hermano siguen en el negocio del petróleo, he decidido incursionar en la industria hotelera y el turismo” dijo con esa hermosa sonrisa que tanto me gustaba, pero entonces estaba claro “¿Fuiste tú el que cambió mi habitación?” pregunté. Evadió la pregunta respondiendo con otra pregunta “¿Te gustaría cenar conmigo esta noche? Enviaré un coche por ti a las nueve. Lo siento ya debo irme” dijo sin siquiera darme tiempo a responder, todas las mujeres del lugar me miraban con una sonrisa, “vamos es solo un viejo amigo” dije en voz alta y todas rieron. Sentía que ese era mi lugar en el mundo, era tan feliz.

Estuve arreglándome unas dos o tres horas para la cena con Víctor, me sentía emocionada, era como tener una primera cita o dar tu primer beso, sentía la

adrenalina correr a través de mis venas, la sensación era brutal. El coche llegó puntual y el chofer bajó a abrirme la puerta, ya me estaba acostumbrando a abrir la puerta de los coches yo misma, condujo hasta otro hotel y me dijo que el señor Muñoz me esperaba en el restaurante.

Allí estaba Víctor en la única mesa de todo el restaurante, “Vaya, parece que se quedaron sin mesas ni sillas” le dije bromeando, el levantó la ceja derecha y me dijo “O tal vez querían darnos más espacio”. No podía ser verdad “¿También tienes acciones en este hotel? Pregunté. Él sirvió dos copas de champaña y me respondió “Para tener acciones debería tener socios y no me gustan las sociedades. Soy el único dueño de la mitad de los hoteles de la isla, de la flota de helicópteros que están en cada terraza y de algunos barcos en el muelle”. Víctor siempre fue arrogante y le gustaba la buena vida, esas fueron las cosas que me gustaron de él en su momento y que ahora... me encantaban. Nos dispusimos a cenar y a beber buena champaña francesa, recordando viejas historias y riendo sin parar. Amaba su sentido del humor, su buen gusto culinario y sus conocimientos sobre pintura contemporánea.

Estaba segura de que sería una velada soñada.

Enzo

Aproveché la semana que mi esposa estaría disfrutando del sol del Caribe, deseando que el sol rostizara su piel y fui a casa de mi padre, necesitaba que me explicara algunas cosas.

Conduje y no podía evitar notar el cambio de paisaje a los lados del camino, ver que los edificios se convertían en árboles me daba paz, me recordaba a mi niñez, hasta podía sentir el olor del campo por la mañana cuando con mis primos correteábamos por los campos de maíz “Que hermosa época aquella, alguna vez fui feliz” pensé.

Al llegar bajé del coche y abrí esa vieja tranquera “vaya, con el dinero que tiene no la ha cambiado nunca”, mientras conducía saludaba a los hombres que andaban a caballo, todos me conocían y eran tan amables.

Allí estaba él de pie esperando mi llegada, “¿Qué cosa trae dos veces en una misma semana a un hombre de ciudad a un lugar como éste?” Me acerqué le di un abrazo ignorando esa broma y le dije que necesitábamos hablar, necesitaba

que me expliqué con mayor precisión porqué debía someterme a la familia Asnet y sus locuras. Estaba seguro de que podía darme una mejor explicación que la anterior.

Colocó dos sillas con vista a un espacio abierto, sólo había dos enormes y viejos edificios y muchas hectáreas de verde césped tan hermoso que parecía una mesa de billar. “Ya casi es la hora, miremos en silencio y eso responderá todas tus preguntas”.

“¿De verdad? ¿Esas tierras hablarían conmigo?” pensé. Mi padre siempre había sido un buen consejero y le gustaba explicar todo con ejemplos, como cuando me enseñó a sumar y yo era niño, utilizó varias ovejas para que yo entendiera que, al juntar una oveja con otra, obtenía dos ovejas. De grande entendí que no siempre uno más uno es igual a dos.

El cucú indicó que eran las ocho de la mañana, podía oír ese familiar sonido y vaya... tantos recuerdos. Luego mi padre sonrió y se puso de pie, estaba emocionado, “vamos ponte de pie, mira, mira ahora, de pie hijo”, vaya que estaba emocionado, me puse de pie a su lado y ví como dos hombres abrían las puertas de esos edificios viejos y miles de chinchillas salían corriendo al campo. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y tenía una hermosa sonrisa dibujada en su rostro.

Le tomé del hombro y miré sus ojos “Has hecho un formidable trabajo toda tu vida padre, estoy orgulloso de ser tu hijo”. Dejó caer una lágrima, “Y yo estoy orgulloso de que seas mi hijo”.

No entendía como eso respondería a mi pregunta, asique intentando no romper la atmósfera le pregunté “¿Esto que tiene que ver la familia Asnet?”, secó su lágrima y sosteniendo la mirada simplemente respondió “Todo Enzo, todo”.

Le seguí mientras se alistaba para salir a trabajar al campo, se ponía unas enormes botas de cuero, un gran cinturón y una camisa de tela dura. Parecía que mi pregunta le había molestado asique me senté a su lado e insistí, “Me has dicho que lo mejor era mantener la relación con Asnet, pero tú eres uno de los mayores productores de pieles de chinchillas, ¿por qué te sometes a su voluntad?”.

Me miró y dejando sobre la mesa su sombrero me respondió, “Soy el mayor

productor de pieles de chinchillas y Asnet es el mayor exportador de pieles. ¿Qué crees que haría en caso de que yo dejara de venderle mis productos a precios ridículamente baratos?”.

Pensé unos segundos ante su intimidante mirada y le respondí “Pienso que se vería obligado a pagar más caro y comprar a otros criaderos hasta completar la misma cantidad de pieles que tú le provees. Y tu ganarías más dinero siendo un exportador directo sin intermediarios”.

Tomó su sombrero y mientras se lo ponía me respondió resignado “Nunca se trató de dinero y pensé que lo entendías. Si yo dejara de venderle pieles, ese bastardo resucitaría antiguos criaderos que me costó años arruinarlos, no porque odiara la competencia; sino porque odio la manera en la que crían los animales en jaulas. ¿Recuerdas los criaderos de la familia Galarza, recuerdas como enjaulaban y maltrataban a los animales? Esos criaderos volverían a funcionar si yo dejara de proveer a Asnet y esas jaulas volverían a encerrar animales”.

Nunca había oído un análisis tan profundo de mi padre, sí era muy inteligente, pero no pensé que su ética era tal que ambos estábamos obligados a ser empleados de Gerard Asnet.

Caminó unos pasos hacia la salida de los caballos y me dijo “Dale mis saludos a Jana”. Me acerqué a la ventana y me senté por una hora completa a ver como las chinchillas corrían por todas partes, se veían felices. Algún día serían despellejadas, pero al menos habían tenido una buena vida.

Como era habitual, mi padre tenía razón. Debía resignar mis ideas de tener algo con Ana y centrar toda mi atención en Gerard y su hija.

Salí por la parte trasera y el viejo capataz estaba allí, “señor que alegría verle por aquí nuevamente, ¿le gustaría montar a caballo? Puedo preparar un caballo en diez minutos si lo desea”. Estreché su mano y le agradecí “Quizá la próxima vez Paco, debo regresar al trabajo”, asintió con la cabeza y dijo “Que tenga un buen día señor” se despidió.

Varios metros antes de llegar al coche, pude ver que el neumático trasero estaba pinchado, “No se ve tan mal, quizá llegue hasta la ciudad” pensé. Subí

al coche y empecé a conducir. Podía sentir en el volante el peso de todo el automóvil, era inestable, pero iba despacio.

Conducía por la carretera con cuidado, evitando romper por completo el neumático y prestando atención a los coches que venían de atrás, pero no logré notar que me había cruzado al carril opuesto.

La colisión frontal con aquel camión me fue imposible evitar; lo último que oí fue el sonido de vidrios rompiéndose en todas partes y a alguien decir que llamaran a una ambulancia. Luego de eso, no recuerdo nada más.

Robert

Luego de mi charla con Paco mi conciencia se encargó de torturarme cada noche. Estaba decidido a contarle al señor Caletti que había sido yo el que había cambiado el horario de la cita con Ana en el aeródromo y que la señora Jana me había pagado por hacerlo.

Lo único que me quedaba era esperar a que me perdonara y no me despidiera. Sabía que la señora Jana estaba de vacaciones en algún exótico lugar del mundo y que podría hablar tranquilo con Enzo.

Salí temprano de casa y conduje a través del camino más largo, veía a los niños con sus madres ir a la escuela; todo se veía tan tranquilo.

Estaba muy arrepentido de mis acciones. Llegué a la casa a buscar al señor para ir a su oficina, pero nadie salía de adentro y su móvil daba al buzón. Bajé del coche y arreglándome la corbata presioné el timbre.

Vi a una mujer elegantemente vestida salir por la puerta de servicio y venir hacia mí, “¿Quién es esta?” me pregunté.

Le sonreí y amablemente y le dije, “Mi nombre es Robert y vengo a buscar al señor, soy su chofer”. Ella levantó el mentón luego de verme de pies a cabeza, incluso yo mismo me miré, quizá llevaba una mancha en el traje. “El señor Caletti ha salido de la residencia hace más de dos horas en su coche” me respondió la mujer.

Eso era muy extraño, pero a veces le gustaba ir muy temprano a su oficina.

Antes de subir al coche le pregunté “Disculpe la intromisión, pero ¿quién es usted?”. La mujer se veía impecable, pensé que era alguna millonaria extraviada en el barrio de los ricos. “Mi nombre es Hellen VanSnardell y soy institutriz, estoy cuidando del pequeño Fred hasta que su madre regrese ¿hay algo más en lo que pueda ayudarle?”, vaya nombre y que refinada manera de hablar “eso es todo Hellen Van... gracias Hellen nos veremos pronto” me despedí con la risa a punto de escapar.

Iba conduciendo a la oficina del señor y para calmar mis nervios encendí un cigarro, sabía que olor quedaría impregnado en el coche, pero tenía la sensación de que eso ya no importaba.

Llegué al garaje del edificio y allí estaba Tino como cada mañana con una mirada verde profunda, he de admitir que siempre quise tener ojos verdes. “Hola Robert, ¿Fumando en el coche del jefe? Eso no se ve bien”. El viejo tenía razón, con una sonrisa de cumplido arrojé el cigarro y le pregunté “¿Sabes a qué hora llegó el señor Caletti?” ese hombre llevaba un registro mental de todos los que entraban y salían del garaje. “He estado aquí desde las cinco de la mañana y aún no ha llegado, ¿revisaste en el maletero de tu choche?” Puede que esté allí” bromeó.

Eso realmente era muy extraño, le agradecí la información y mientras salía en reversa vi al mismísimo Gerard Asnet bajar corriendo al garaje, tomó uno de sus coches y salió maniobrando de manera peligrosa. Tino me miró y yo sentía que algo no estaba del todo bien.

Seguí al señor Asnet; cruzábamos semáforos en rojo y hasta excedíamos por mucho la velocidad máxima permitida. Tomó la autopista que se dirigía a las afueras de la ciudad y yo le seguía.

En cierto punto, íbamos tan rápido que ni siquiera sabía dónde estábamos. Pude ver por el espejo retrovisor luces azules y podía oír sirenas, “genial, iremos a prisión por conducir como locos” pensé mientras disminuía la velocidad. Para mi sorpresa, eran una ambulancia abriéndose paso por detrás de un patrullero de policía.

Cuando sentía que todo era confuso, las cosas se pusieron más extrañas aún. Pude ver que un helicóptero con la insignia de ambulancia volaba bajo. “¿Que

rayos pasa aquí?” pensé mientras perdía de vista el coche de Asnet.

Conduje unos kilómetros y vi el desastre, detuve el coche a un lado del camino, bajé y me recosté en la puerta del conductor a observar. Un camión había aplastado un coche. Gerard hablaba con los paramédicos y se le veía desesperado.

Sentí que debía ofrecer mi ayuda y me acerqué a hacerlo. “Señor Asnet ¿Qué ha sucedido? Dígame en qué puedo ayudar”. El helicóptero aterrizó en medio de la autopista y los bomberos intentaban sacar al hombre del auto. “Gerard, ¿quién te avisó? Y ¿Por qué no estabas con él?” preguntó mientras me tomaba de los hombros, se veía preocupado. “Señor Asnet, le vi salir apresurado y le seguí hasta aquí ¿Qué sucedió? No entiendo nada señor” dije.

Los bomberos lograron sacar al conductor y jamás olvidaré esa imagen, era el señor Caletti y no se veía bien, estaba lleno de sangre y parecía que le faltaban partes del cuerpo, no estaba seguro. Tampoco respondía a los paramédicos. Subieron al señor al helicóptero y se marcharon de inmediato “Ve al hospital que vayan y asegúrate de no abandonarle, yo iré después” dijo el señor Asnet mientras subía a su coche apresuradamente.

Y así lo hice, seguí al helicóptero con la vista hasta que se perdió. Recorrí todos los hospitales de la zona hasta encontrar el que se había encargado de recibir a Enzo Caletti, un médico oyó mis preguntas y se me acercó “¿Es familiar?” preguntó. Sabía que me ignoraría si decía que era su empleado, entonces respondí “Si, es mi hermano”.

El médico se sacó una especie de gorro azul de la cabeza y con algo de pena me dijo “Siento mucho lo que ha pasado, su hermano está en cirugía y esperamos lo peor, lo lamento”.

Enzo había sufrido un accidente y estaba por morir. No sabía qué hacer, fui hasta la máquina de café, serví dos vasos y los tomé. Salí afuera a fumar, mis manos temblaban y sentía ganas de correr, estaba preocupado de verdad.

Enzo no sólo era mi jefe, él me había dado empleo cuando nadie más lo había hecho, confié en mi a ciegas. Siempre recordaba los cumpleaños de mis hijos y les enviaba regalos. Me sentía tan miserable que jamás me perdonaría por

todo lo malo que le había hecho.

Observé que en la esquina de la calle una ambulancia giraba a toda velocidad, de seguro traía a alguien con más problemas que yo. Detrás llegó un automóvil. El señor Gerard bajó del coche mal aparcado y venía hacia mí, arrojé mi cigarro y le pisé tanto que se deshacía en el suelo.

Podía ver la angustia en sus ojos y sus pasos eran cada vez más rápidos. “Señor mueva su coche de la entrada, es un hospital, viejo” gritaba el guardia de seguridad. “¿Viejo? Si tan solo tuviera tiempo te enseñaría quien es el viejo” dijo el señor Gerard mientras se acercaba. “Robert ¿qué te han dicho los médicos? Llévame con Enzo”.

No encontraba las palabras adecuadas y él insistía en que respondiera, me presionó tanto que respondí sin medir mis palabras “Le están operando, el médico dice que morirá” dejé caer lágrimas y me entregué por completo a la desesperación. “¿El médico dijo que iba a morir? Robert eres un completo idiota, saca mi coche de esa entrada y llama a Alejandra, su número está en mi libreta, toma” dijo y me entregó un pequeño cuaderno con todos sus contactos telefónicos.

Mientras me dirigía a mover su coche, veía que hablaba con un médico, se le veía tranquilo, quizá sabía manejar la situación, mejor que yo.

¡Decidí que debía contarle a ella lo que había pasado, era lo correcto! Mientras la ciudad se vestía de noche yo llegaba a su casa, no sabía cómo decirle, me paré cerca de su ventana y esperé.

Gerard

Como era costumbre, me desperté cerca de las cinco de la mañana y entre bostezos y una caminata un poco pausada llegué a la cocina. Me gustaba preparar mi propio café, muchas personas no saben que preparar un buen café es todo un arte. “Granos colombianos” dije mientras olía mi lata de café.

Esa mañana me sentía optimista. Podía sentir los billetes que ganaría y mientras una mujer arreglaba mi ropa, la otra preparaba mi tina de agua caliente con sales minerales, mi piel ya era vieja, debía darle cuidados.

Luego de beber ese delicioso café me dispuse a darme un baño y luego beber otra taza, lo admito, me encanta el café.

El agua de la tina estaba perfecta, sumergía mi cuerpo en aquellas aguas y sentía como cada célula de mi cuerpo se hidrataba. “No entiendo que más puede salir mejor” pensé.

Mis trajes eran importados, siempre he admirado el talento de la alta costura italiana. Todo a medida, incluso aquella corbata azul parecía hecha solo para mí.

Otra de las cosas que me tenía bastante animado era que Jana estaría fuera del país unos días y tenía tiempo de dar un paso más en mi proyecto sin que ella lo supiera.

“Señoritas, ¿alguna de ustedes ha visto mis llaves?” pregunté a las mujeres del servicio mientras buscaba bajo los almohadones de mi enorme sofá. “Aquí tiene señor, que tenga un buen día”, tomé las llaves y salí al garaje, me encantaba conducir y jamás había tenido un chofer, no me gustaba que alguien supiera de mis negocios, las charlas más importantes suelen darse dentro de un coche y no quería un oído extra allí.

Algo de viento arrojaba hojas secas sobre el parabrisas, había algunas nubes negras en el horizonte y el tráfico se veía frenético. Salí despacio y me dirigí en dirección a la empresa.

No recuerdo bien, pero creo que luego de treinta o quizá cuarenta minutos de haber legado al trabajo, recibí el llamado de él.

“Despacio Tomás, no te entiendo nada”, hablaba muy rápido y la llamada se entrecortaba, me habló más lento y claro. “¿Has dicho que Enzo tuvo un accidente?” pregunté mientras cerraba las persianas de mi oficina.

Al recibir confirmación, cogí las llaves de mi coche y bajé al garaje. Robert el chofer, estaba hablando con Tino, se suponía que Enzo le pagaba para que conduzca. No me detuve, salí tan rápido como pude en dirección al lugar que Tomás me había indicado.

Conduje por el centro de la ciudad a toda velocidad, realmente no estaba tan

apresurado, pero me encantaba hacer rugir el motor de mi coche.

Tomé una de las salidas de la autopista y fui al lugar del accidente. “¡Qué imbécil, cree que no le visto!” pensé mientras veía a Robert a través del espejo retrovisor, el muy torpe me había seguido tan de cerca que fue imposible no notarlo.

Al llegar al lugar, aparqué el coche y ví la escena. Había piezas del automóvil de Enzo esparcidos por toda la carretera y un enorme camión al costado del camino.

Miré el camión y logré ver algo familiar, no sabía qué. Hablé con un policía que me confirmó lo peor, Enzo salió vivo, aunque no por mucho tiempo más, estaba herido ya que había sangre por todas partes.

Robert se acercó a mí y ofreció su ayuda, traté de ser irónico y le pedí que siguiera al helicóptero, pero el muy imbécil logró hacerlo. Incluso llegó antes que yo al hospital.

Aproveché el regreso de una ambulancia y conduje detrás de ella. Nunca subestimes el poder de una sirena, te da mucha velocidad y es emocionante. Llegué al hospital donde tenían a Enzo, dejé el coche perfectamente aparcado, pero según un guardia, estaba obstruyendo la entrada. Al bajar caminé de prisa en dirección a Robert para pedirle que moviera mi carro, era para lo único que servía ese hombre.

Entré a la recepción del hospital y allí estaba, mi viejo amigo el doctor Hugo Méndez, de los mejores de la ciudad. “Hugo, ¿cómo están Estefanía y las niñas?” le pregunté mientras estrechaba su mano. “Ellas están bien, Liz, la más pequeña toca el violín que le regalaste en su cumpleaños, no te imaginas lo grande que está”.

Me hubiese gustado hablar con más tiempo y de otros temas, pero el asunto era Enzo. “Dime Hugo, ¿crees que mi yerno salga de esta situación?”.

Me invitó a sentarnos en la sala de espera, me habló con tanta serenidad y tratando de cuidar mis emociones, pensó que Enzo me importaba “No quiero darte falsas esperanzas Gerard, tal como le dije al hermano de Enzo, está en

cirugía y muy grave”.

“El hermano de Enzo” pensé. Necesitaba saber qué tan grave era la situación así que, le pregunté sutilmente con una mentira “El padre de Enzo tardará casi doce horas en llegar ¿crees que resistirá?”

Él se puso de pie y yo también, pude ver la resignación en su mirada
“Haremos todo lo posible Gerard. Ha perdido la pierna derecha en el accidente y necesita sangre AB positivo la cual es muy difícil de conseguir”.

CON VALOR

Ana

Ese día era especial para mí. Desde que desperté todo parecía color de rosas; había un hermoso mensaje de buenos días de Alan en mi móvil, mi madre me había hecho el desayuno y por primera vez, me gustó el canto de las aves. Antes odiaba su canto, me despertaban temprano. Pero son animales adorables, ruidosos, pero adorables. “Veo que la princesa ha despertado” dijo mama, era más amable de lo usual, algo había.

Me acerqué por detrás de ella y veía como esa preciosa barra de chocolate se derretía en la leche tibia, “Veo que la mejor cocinera ha regresado” le dije.

Nos sentamos a la mesa, cada una con una enorme taza de chocolate, me encantaba el vapor que salía de mi taza y el aroma llenaba el ambiente. “¿Hay algo que me quieras decir?” pregunté; en ese momento miró en todas direcciones y con un claro nerviosismo me dijo que no había nada, que todo estaba bien.

No estaba satisfecha con la respuesta, pero necesitaba saborear mi desayuno. Ya habría tiempo para seguir preguntando.

Miré el reloj de la pared y casi eran las nueve, llegaría tarde así que apresuré todo, me duché, tomé mi mochila y me despedí de mamá. “Te veré en la tarde” le dije, besé su frente y salí en mi bicicleta.

No había demasiado tránsito, me sentía segura yendo por la acera y viendo a los niños jugar en un parque. Luego de pedalear un buen trecho, llegué a destino, “Ahí está la joven más bonita del campus” dijo Alan en voz alta, eso hizo que me sonrojara, pero me encantó el cumplido.

Sería mi primer día de clases; en realidad no, aún no era alumna de la Facultad, pero me permitían estar presente en las clases de los de primer año de Medicina como una oyente. Esperaba empezar la carrera en unos meses y Alan junto a su madre, eran mi pilar.

Dejamos mi bicicleta en el área que Alan me había indicado y caminamos al interior del edificio. Todos se veían tan ocupados que hasta me preocupaba saludar a alguien y distraerle. Personas sentadas en grupo debatiendo, alumnos leyendo en los corredores, profesores con grandes maletas. “Todo se ve tan... universitario” le dije a Alan, “Te acostumbrarás y siempre estaré a tu lado. El primer año es duro, no me decepciones, creo en ti y sé que puedes hacerlo” dijo Alan mientras me daba un beso de esos que sabes que nunca olvidarás.

Llegamos al aula y me dijo que le llamara si le necesitaba. Al entrar todos estaban en sus sillas leyendo libros y no sabía dónde sentarme. Al fondo pude ver una silla vacía y rápidamente caminé hacia ahí, “esa es mi silla” dijo una chica de anteojos y mochila.

Cuando iba a buscar otro lugar me dijo que no me preocupara, que traería otra silla y así lo hizo, se sentó pegada a mí. “Mi nombre es Raquel, debes ser nueva, no te he visto el semestre pasado”, era una chica amable y por lo que veía, nadie quería sentarse a su lado, le respondí “Es un gusto Raquel, mi nombre es Ana y espero poder ser alumna el siguiente semestre”.

Ella sacó unos libros de su mochila y unos apuntes “Necesitarás estos libros, son del primer semestre y no los necesitaré, puedes llevarlos”, debo reconocer que su actitud tan generosa me hizo sentir como si estuviera con una amiga.

No quise tomar sus libros y le agradecí, no podía llevarme sus cosas, no era correcto, pero ella insistió “No es un regalo, me los devolverás luego del semestre, no los rechaces por favor, no son fáciles de conseguir”. No quise decepcionarle y tomé sus libros, pude ver que intentó sonreír, pero era como si quisiera ocultar los frenos de sus dientes.

“Buenos días a todos, espero hayan tenido unas hermosas vacaciones ya que este semestre no lo olvidarán jamás” dijo una mujer rubia al entrar, imaginé que era la profesora, pero se veía tan joven.

Tenía la sensación de que tenía un cartel pegado a mi frente; esa profesora me vio de inmediato y preguntó “¿Quién se supone que eres? no estuviste en ninguna de mis clases del semestre pasado”.

Raquel se interpuso e intentó explicar que yo era una oyente, pero la profesora le interrumpió, “Señorita Mendoza, deje que la nueva hable, usted ya ha

hablado demasiado ¿no cree?”, todos rieron y pude ver como Raquel agachaba la cabeza ante la burla de todos.

Me puse de pie y dije “Tengo autorización del Decano de la Facultad de Medicina para estar en la clase que quiera, debería prestársela a usted profesora, quizá le sirva para entrar a una clase en la Facultad de Humanidades ¿no cree?”, todos volvieron a reír. “Interesante alumna” dijo la profesora. Me senté y le pregunté a Raquel si estaba bien, ella no respondió, solo miraba el suelo, tomé su mano por debajo de la mesa y le dije que todo estaría bien.

Cerca de cuarenta minutos oyendo acerca de cómo hacen las células del cuerpo humano para regenerarse o algo por el estilo. Me sentía predispuesta a no entender nada; quizá fue la profesora o tal vez simplemente no me interesaba el tema.

Un timbre indicó la hora en punto, “pueden irse y espero lean algo más productivo que los mensajes en sus móviles. Tú, la nueva. Quédate, necesito hablar contigo”, primer día de clases y ya tenía una enemiga, mis porcentajes de arruinar situaciones eran altos.

Raquel me dejó un pequeño papel con su número de móvil que guardé en mi mochila “Si necesitas ayuda con alguna clase o quieres beber limonada, solo llámame o si quieres te llamaré yo. Tengo acceso a los archivos de los nuevos alumnos, allí debe estar tu número de móvil. Por cierto, casi lo olvido, ten cuidado con ella, es médica” dijo bromeando mientras se retiraba del aula con la cabeza agachada.

Tomé mi mochila y caminé hacia la profesora, ella ya se había sentado en el borde de su escritorio y con una enorme sonrisa esperaba por mí. “¿Tienes idea de cuánto tiempo levo dando clases aquí?” preguntó.

No pude evitar responder, sabía que solo debía decir que no, pero mi esencia estaba a flor de piel “Déjame adivinar... Pareces ser joven, no llevas una sortija, tus caderas dicen que no tienes hijos, tu cabello alisado y tus uñas perfectas indican que tienes tiempo libre. Supongo que estás aquí desde hace 1 año y eres soltera. Ah y pareciera que bebes el café con mucha prisa en las mañanas”.

Ella sonrió y haciendo gestos con la cabeza se dirigió a la ventana que da al patio, me dijo “Eres insoportablemente arrogante. Y eso te servirá en mis clases. Mi nombre es Brenda y ¿tú eres ...?”, “Ana. Ana García” completé.

Parecía que no estaba enojada, más bien se veía sorprendida, no lo sé. Empezó a juntar sus papeles del escritorio cuando la voz de mi cabeza empezó a insistir en que debía disculparme, “Mira Brenda, siento ser arrogante o molesta, en ocasiones ni yo me soporto, lo siento” le dije con toda sinceridad.

Guardó sus carpetas en su maletín y mientras se dirigía a la puerta de salida me dijo “Si piensas ser alumna de mis clases, deben quedarte en claro dos cosas. No soy soltera y para ti soy la profesora Ruíz. Y, por cierto, llevo quince meses aquí” cerró la puerta.

Ahí estaba yo en mi primer día, dentro de un aula vacía y con una profesora que me odiaba. No tenía razón para exponerme a esa situación, no tenía porque soportar a esa profesora y a esos compañeros. La decisión estaba tomada, no volvería a ese lugar, aunque Alan me lo pidiera.

Al salir del aula veía esos pasillos gastados, los casilleros con leyendas de todo tipo de escrituras hechas a mano y los cestos de basura estaban llenos de papel. El lugar se veía peor que mi antigua escuela secundaria y yo que pensaba que los universitarios eran más civilizados o al menos más limpios que yo.

Mientras llegaba a mi bicicleta veía a los alumnos más avanzados en aula con enormes ventanales de cristal. Ellos utilizaban batas y se veían como médicos ya matriculados. Entre ellos sobresalía un hermoso rostro, parecía un niño pequeño, Alan escuchaba atento al orador en su clase y yo estaba orgullosa de él.

Llegué a casa a través del camino más corto, me divertía levantar el polvo a toda velocidad. Los niños del barrio se enojaban, eran unos traviesos y yo me encargaba de llenarles de tierra cada vez que pasaba en mi bici.

Abrí la puerta y de inmediato oí su voz “¿Como le ha ido a mi doctora en su primer día?”, se veía alegre como nunca, estaba entusiasmada y hacía años que no le vía así.

“Creo que bien mamá hasta hice una amiga nueva. Se llama Raquel y ... Vaya casi lo olvido, se los devolveré en estos días” dije mientras bajaba la pesada mochila donde tenía sus libros.

Mi mamá venía portándose algo extraño en los últimos días y sabía que quería decirme algo, insistí tantas veces hasta la noche que quizá agoté su paciencia.

Ella giró su cuerpo, me miró y dijo, “Te lo diré hija, cuando tenías cinco años tropezaste en las caleras y te golpeaste muy fuerte en la cabeza, por eso has quedado así, lo siento hija” bromeó. No pude evitar reír, ella era muy buena evadiendo temas.

Luego de la cena entré a mi habitación y casi me mata de un infarto. Él estaba parado del lado de afuera bajo una pequeña bombilla que iluminaba el patio trasero, pude verle a través de la ventana y por su rostro, sabía que no eran buenas noticias.

Salí por la puerta trasera y le hablé “¿Qué haces aquí? Se suponía que ya no te volvería ver”.

El agachó la cabeza y podía notar que estuvo llorando, sus ojos estaban hinchados y aún tenía congestionada la nariz “Lo siento Ana, de verdad lo siento” me abrazó fuerte y sólo lloraba, no entendía sus palabras, intenté calmarle y le invité a pasar dentro.

Le serví una de esas infusiones que bebe mamá cuando está nerviosa y parecía que le calmó. Lentamente empezó a contarme todo. *Alan*

Debo ser sincero, ver a Ana en la Universidad era realmente muy extraño y gratificante a la vez. Yo había llegado temprano en el autobús que habitualmente utilizaba para llegar a clases.

Casi a media mañana ella llegó en su bicicleta, se veía tan hermosa que estaba orgulloso que fuera mi novia, quería que todos lo sepan. La mujer más linda, tierna y considerada del mundo era mi novia.

Dejamos su bicicleta junto a las demás y le acompañé al aula donde tendría su primera clase, me había memorizado todos los horarios y los profesores que le

tocaban a Ana, quería ayudarle en todo.

Solo había un problema, pero tenía la esperanza de que, entre tantos alumnos, ella no le vería. Brenda Ruiz estaba a cargo de la mayoría de las clases de Ana y eso no era bueno para mí.

Luego de acompañarle hasta su aula no pude evitar quedarme viendo aquellas viejas pintadas en la pared, muchos de ellos los había escrito yo ... tantos recuerdos vinieron a mi mente.

Ese sector de la Facultad fue destinado para los ingresantes, para aquellos recién llegados y llenos de miedos, para que expresaran sus sentimientos, era un espacio de libertad y sabía que a ella le gustaría.

Caminé algunos metros más hasta la zona de aulas donde se brindan conferencias, era un lugar muy diferente. Las paredes reflejaban un blanco puro, el suelo de madera era tan cómodo y todos estaban obligados a utilizar uniformes.

Iniciamos con un interesante seminario sobre toxicología y luego la profesora, una de las mejores doctoras que conocí, daría una charla sobre prevención de enfermedades de transmisión sexual.

El temario se veía interesante, pero seguía pensando que debían ponerles cortinas a los ventanales, se podía ver de reojo a los de primer año salir correteando como niños y mirando hacia nosotros. Me incomodaban un poco, no tanto, pero lo suficiente como para pedir un receso antes de la siguiente clase.

Una vez que todos los ingresantes se habían ido, regresamos al aula y allí estaba ella, se veía increíblemente radiante, “Doctor Alan Farías, no le había visto en el receso, creí que se había marchado”. Le sonreí y tomé su mano, “Jamás me perdería una de tus charlas Brenda”.

Me senté en la segunda fila y me preparé para tomar notas al igual que el resto de mis compañeros. “Eso no será necesario, hoy hablaremos de sexo, pero del bueno” dijo Brenda. Todos sonrieron con complicidad y guardaron sus apuntes.

Llevaba un traje negro con detalles blancos, los tacones de sus zapatos le hacían ver más alta de lo que era en realidad y su cuerpo parecía un dibujo perfecto de alguna clase de anatomía. Inició la charla con temas básicos y sin perder tiempo le puso, a la clase, el sello que la caracterizaba, “¿Algún voluntario que quiera contar sus prácticas de teoría en el sexo? Usted señor Farías, ¿quisiera iluminarnos con alguna interesante anécdota?”.

Me sentía en confianza, todos eran amigos y Brenda era brutal, me puse de pie e inicié mi historia, sabía que a ella le gustaría. “Una noche de baile en la Universidad y luego de algunos tragos, me encontré a una hermosa mujer leyendo un libro de biología en el campus, creo que fue atracción a primera vista, tuvimos sexo y era buena, muy buena”, me senté.

No entendía porqué todos me miraban de esa manera, “Vamos Doctor Farías, sabemos que puedo hacerlo mejor, queremos más detalles” dijo Brenda.

Hablar de ese tipo de temas me resulta incómodo, pero sentía que era divertido y en ese momento yo era el centro de atención.

Me puse de pie nuevamente y advertí que había detalles que no podía contar, mientras todos insistían, empecé “¿Recuerdan la fiesta de inauguración del sector para residentes? Aquella noche había bebido mucho alcohol y, decidí caminar por el campus para que se me pasara el mareo. Divagaba por el patio hasta que vi a una hermosa mujer leyendo un enorme libro de biología y tomando notas. No era una alumna y no me animaba a acercarme. Ella me vio y me dijo que le haga compañía. No pude evitar decirle que se veía tan bonita, ella simplemente sonrió. Luego de una hora de charla fuimos hasta las aulas de primer año y tuvimos sexo hasta que la fiesta terminó, fue genial”.

Todos querían saber quién era la mujer, pero Brenda interrumpió de inmediato “Linda historia Alan, algo simple, pero definitivamente de las mejores que he oído” dijo Brenda algo incómoda. La charla siguió un poco más y al terminar todos salieron en orden y debatiendo sobre los temas tratados.

No dejó de mirarme, parecía que quería asesinarme, “¿Qué se supone que fue eso Alan?, esa historia tan detallada, ¿era necesario mencionar que tuviste sexo en la Universidad?” dijo Brenda desde su escritorio.

Esa mujer no estaba en su juicio, “Me pediste detalles Brenda, lo hice lo

mejor que pude. Lo siento, no volverá a ocurrir”.

Tomé mis cosas y me dispuse a salir, “Oye Alan, no era un libro de biología, era un manual de fisiología” dijo Brenda. No giré a verla, pero quedé parado de espaldas a ella con una gran sonrisa en el rostro. “Hermosamente desquiciada” pensé mientras me alejaba.

Ya era de noche y todavía faltaban treinta minutos para que pasara el siguiente autobús, un coche se aparcó y bajó la ventanilla, “¿quieres un aventón?” era Brenda con esa mirada tan penetrante y una sonrisa tan provocadora. Acepté la oferta y subí a su coche.

Ella se soltó el cabello y desprendió uno de los botones de su traje mientras conducía, “Esa historia, la que contaste en clases, podríamos repetirla” dijo con un tono tan suave que parecía susurrar. Yo sabía que ella podía llegar a ser muy terca y rencorosa, “No creo que vuelva a suceder, estoy de novio y estamos bien” le dije.

Al instante me di cuenta de que mi respuesta no había sido suficiente para Brenda, “¿Quién es ella? Estudia en la Universidad, ¿verdad? No importa Alan, lo sabré tarde o temprano y por si te arrepientes, te dejo esto” dijo mientras ponía su tarjeta en mi bolsillo, vaya que tenía manos suaves. “Lo tendré en cuenta Brenda, gracias por el aventón” le dije mientras bajaba del coche frente a mi casa. Ella simplemente guiñó un ojo y siguió camino.

“Que locura la mía. O la de ella” pensaba mientras entraba sonriendo a casa.

El ambiente en mi hogar era totalmente diferente, “Le acabo de dar sus medicamentos y se dormirá pronto, no ha querido comer hoy” me dijo la enfermera que cuidaba a mi madre.

Bajé mis cosas en medio de la sala y fui a su habitación, quería verle antes que se durmiera, “Mamá, me ha dicho tu enfermera que no has querido comer ¿quieres algo? Sabes que soy buen cocinero” le dije.

Ella sonreía cada vez que me veía y sus ojos se llenaban de lágrimas, estaba orgullosa de mi y eso se notaba, “Mi niño, he intentado comer, pero siento que mi estómago me devolvería cualquier cosa que coma” dijo.

Eso no estaba bien, ella empezaba a rechazar los alimentos y yo sabía que necesitaba alimentarse, su tratamiento era duro y agresivo, esos químicos estaban cambiando a la mujer que yo recordaba. Me adelanté a los efectos de sus medicamentos y besé su frente antes que durmiera, “te amo mamá, saldremos de esto”. Ella se veía cansada, pero respondió “lo sé hijo, lo sé” yo estaba seguro de que tenía esperanzas.

Una vez que se durmió regresé a la sala e intenté llamar a Ana, pero el móvil me enviaba al buzón. Me senté y me puse a revisar la correspondencia, casi todas eran publicidades o suscripciones, pero una fue la que golpeó el centro de mi alma, un último aviso de pago del banco de mamá.

Habíamos gastado todo el dinero en el tratamiento de mi madre y ahora querían sacarnos la casa. En realidad, eso no era lo peor, el punto era que el suministro de medicamentos de mi madre peligraba. Por años el banco había financiado la compra de los medicamentos de mi madre y ahora amenazaban con sacarnos la casa. No permitiría que hicieran algo así con la salud de una persona y menos con mi madre. Una sola persona podía ayudarme y su tarjeta estaba en mi bolsillo.

Brenda

Iniciábamos el segundo semestre y estaba entusiasmada por los nuevos médicos que egresarían de la Facultad, hombres y mujeres de bien dispuestos a salvar vidas hasta en las peores condiciones, les admiraba y mi mayor privilegio fue haber sido su profesora durante los últimos meses luego de mi residencia en un hospital pediátrico.

Pero antes de hablar de ellos y de cómo me enamoré de Alan eternamente, me gusta recordar el camino que la mayoría hemos transitado para obtener nuestros diplomas ya que mi paso por la Universidad no fue tan simple como la mayoría piensa.

Es verdad que fuí una buena estudiante, la mejor de mi clase de hecho, pero el esfuerzo que hay detrás de eso, pocos lo ven.

También trabajaba en un café donde me ganaba el dinero para los libros hasta

que fue insostenible.

Los primeros años fueron duros, pero pude resistir trabajando horas extra. Al cursar el cuarto año fue casi imposible, no me daban los tiempos para trabajar, los libros eran muy caros y la vestimenta ... ni me lo imaginaba. Estaba decidida a abandonar faltando tan poco para obtener mi diploma.

Fue en ese momento que conocí a un estudiante de primer año que se acercó a mí en unos de esos días donde las lágrimas se adueñaban de mi rostro. No pensé que un chico tan joven fuera tan maduro, sus palabras y su manera de ver al mundo eran admirables.

Recuerdo que los ingresantes hacían sus fiestas de bienvenida por la mañana, se arrojaban agua fría, saltaban, cantaban ... eran unos niños de secundaria y eso estaba bien para mí, me divertía verlos jugar. Eran tan inocentes y llenos de proyectos. Igual que yo alguna vez lo fui.

Les observaba y mientras el cielo derramaba algunas gotas, él se acercó lleno de papeles de colores metidos en su hermosa cabellera oscura, me dio risa y eso no era habitual en mí, “Lo siento, es que te ves tan ... “le dije simulando la risa. Se veía como un payaso y no perdía esa bella sonrisa, veía la esperanza en sus ojos. “¿Por qué lloras, soy tan malo bailando?” preguntó mientras se sentaba a mi lado. Le hice un espacio en aquella banca y sonriendo le dije “Realmente bailas muy mal. No es un buen día o un buen año quizá, no lo sé” me sequé las lágrimas. “Vaya, puedes saber cómo será el año, pero no sabías que te caería agua justo hoy” un chico desde atrás me arrojó agua helada y lo peor, tenía mis apuntes conmigo.

Me puse de pie por el susto y ví que se reían, sabía que simplemente se divertían y no tenían idea del daño que me habían hecho, tomé mi mochila y me alejé tan rápido como pude. Podía oír que me pedía disculpas, pero no regresé el rostro, solo caminé hasta la parada de autobuses y me senté. “El siguiente vendrá en una treinta minutos. Me llamo Alan ¿y tú?” dijo a la vez que se disculpaba.

Él no tenía la culpa, pero yo estaba harta de todo y le dije, “Alan. Me llamo Brenda y estudiaba medicina en la Facultad a la que acabas de ingresar, aquí te dejo el programa de las materias que me faltaban para finalizar el cuarto

año” le arrojé un listado empapado en agua. Él levantó los papeles del suelo y me marché caminando a casa. Sentía que ese sería mi último día en ese lugar. Pero el destino es perversamente impredecible.

Empezó a llover tanto que sentía que el agua me llegaba a los tobillos, “Genial, éste ha sido mi día señora” le dije a una anciana que se refugiaba bajo una antigua galería; incluso esa desconocida me veía con decepción.

Llegué a casa y ninguna sorpresa, mi padre ebrio viendo televisión, “Brenda ¿me pasas algo del refri? Tengo hambre” dijo sin sacar sus ojos de la pantalla. Arrojé mi mochila mojada al suelo y mientras veía una antigua fotografía de mamá le dije “Te cocinaré algo si me cuentas de nuevo aquella historia de mamá, del día en que se conocieron”.

Apagó el televisor y acarició mi mojada cabeza, “Ya te la he contado mil veces hija”. Pero insistí y logré que la volviera a contar. Me daba paz, alegría y esperanzas oír sobre mi madre.

Mientras me contaba acerca de cómo se conocieron, de cómo era mi madre y de la manera en la que se marchó, mis ojos se volvieron a llenar de lágrimas. Mi madre era tan joven y tenía tantas ilusiones; le decía a papá que yo sería médica igual que ella y eso me rompió el corazón. No pude evitar lanzarme a los brazos de papá y llorar como una niña, la extrañaba y sólo Dios sabe cuántas noches había derramado lágrimas por ella.

Había notado que mi padre también se puso triste y no quería verle llorar, le preparé la cena y fui a mi habitación. Quizá fueron la mayor cantidad de lágrimas nocturnas derramadas en una sola noche.

Al día siguiente mi padre abrió la puerta de mi habitación sin tocar, “¿Qué le has hecho a ese niño?”, estaba enojado. No entendía de qué hablaba y aún me sentía dormida, “¿Qué niño papá?” le dije mientras me levantaba lentamente de mi cama. “Afuera hay un niño con unas hojas y dice que si no le recibes se quedará parado allí hasta que salgas” dijo papá señalando la ventana.

Estirando mis brazos y bostezando me acerqué a la ventana. “No puede ser” pensé. Miré a papá y le dije “Es un nuevo alumno de la Facultad, no te preocupes”. Esperé a que mi padre se calmara y le hice pasar a Alan, tenía una carpeta un su mano. “Vamos pasa y disculpa el desorden” le dije desde la

puerta.

Le indiqué que se sentara a la mesa y mi padre le veía de reojo desde la cocina, “Oye Brenda siento mucho haber arruinado tus apuntes, te traje una copia escrita a mano, ya sabes que una nueva no sería personalizada”, seguía sorprendida por su presencia, pero me molestaron esas palabras.

Me había traído un listado que yo conocía de memoria, “No tengo idea de cómo llegaste a mi casa. Y eso que tienes en la mano es una simple lista de libros que necesito y no podré pagar”.

Él agachó la cabeza y dejó la lista sobre la mesa, se disculpó y explicó que había pedido la dirección de mi casa en el Departamento de Alumnado de la Facultad, les dijo que debía traerme apuntes, “Siento mucho que no puedas pagar esos libros. De hecho, yo tampoco he podido pagar la reimpresión de ese listado, por eso lo hice a mano, lo siento” dijo y se marchó sin más. Vaya que había sido dura con él, no era su culpa y se había tomado la molestia de venir a mi casa a traerme un manuscrito. Me quedé viendo su horrible letra, fue una acción tan bonita que me hizo sentir especial. “Cielos hija, conseguiremos esos libros” dijo mi papá luego de oír la charla.

Me preparé para salir y en menos de una hora estaba camino al centro de la ciudad, estaba dispuesta a conseguir empleo en alguna librería que me pudiera prestar aquellos libros.

El hombre de la librería fue un imbécil, ni siquiera me miró el rostro, solo hizo su oferta mirando mis piernas o mis senos. No le insulté, ni siquiera le respondí, seguí mi día y fui a trabajar al café.

Luego de una larga jornada, regresé a casa y sorpresa, allí estaba ese niño con mi padre hablando y riendo. Mientras cerraba la puerta logré ver una pila de libros sobre la mesa, eran todos los que necesitaba, “Siento interrumpir, pero ¿qué es esto?” dije mirando a ambos mientras me acercaba a los libros. Mi padre se puso de pie y levantó una pequeña botella de cerveza, “Hoy celebramos la presencia de Alan en nuestro hogar, mira, trajo tus libros”. Alan simplemente me veía con una sonrisa mientras sostenía su botella de cerveza llena.

No entendía muy bien que sucedía, “Estos libros no están disponibles en ninguna biblioteca, ¿de dónde los sacaste?” pregunté. Él se puso de pie, se acercó a la puerta y mientras salía dijo “Ha sido un gusto señor Ruiz, gracias por la atención” salió. Le seguí e insistí “Ayer no podías pagar una hoja y ¿hoy traes diez libros de medicina? No quiero volver a preguntar, dime dónde los sacaste”.

El me mostraba el lado de la vida que yo no veía, sonreía todo el tiempo y siempre era amable, “Vendí algunas cosas que ya no usaba. En tres o cuatro años me devolverás esos libros, ¿tenemos un trato?” Extendió su mano. Nunca había sentido eso, un desconocido había hecho algo por mí que jamás nadie haría. Le abracé y le agradecí tanto que ni siquiera me di cuenta que le estaba besando, “Perdón por eso, es que estoy tan feliz”. Nos abrazamos, reímos y le conté que no se trataba simplemente de unos libros, me había dado las fuerzas que necesitaba para finalizar la carrera.

Y así fue, luego de obtener mi diploma trabajé para uno de los centros de pediatría más importante del país. Nunca perdimos contacto con Alan, éramos amigos en todas las redes sociales y ambos teníamos el número de móvil del otro. Hasta que regresé a la Facultad a dar charlas y algunas clases, estaba de vuelta, pero esta vez era diferente, no iba a perder a Alan de nuevo.

TE NECESITO

Robert

Esa noche esperé a que Ana me viera y así poder contarle lo que había sucedido. Ella me vio a través de la ventana trasera de su casa y me invitó a pasar. Yo estaba nervioso y ella intentó calmarme haciéndome una infusión de hierbas que me pusieron más alterado aún, pero debía explicarle con tranquilidad.

Simulé tranquilidad y empecé a contarle todo, “Enzo ha tenido un accidente con su coche cuando regresaba de la casa de su padre. Está en cirugía o quizá ya salió, está grave de verdad”. Pude ver que la noticia le golpeó, se sentó y mirando al suelo me preguntó “¿Puedes llevarme con él?” su voz tranquila, pero su mirada era aterradora.

Me paré y le dije “El señor Asnet está allí y quizá no quieras cruzarte con el” le dije, ella golpeó la mesa con el puño cerrado y se oyó desde el piso de arriba “Hija ¿estás bien?”, ella respondió rápidamente mientras abría la puerta del frente “Todo está bien mamá, es un amigo saldremos un rato”.

Salimos a la acerca y subimos al coche, yo no sabía si debía llevarle al hospital, solo quería que sepa de lo sucedido. Ella suspiró muy profundo y dijo, “No me interesa Asnet ni nadie Robert, ¿me llevas o voy caminando a todos los hospitales de la ciudad?”. Encendí el coche y fuimos hasta aquel lugar, le dejé en la entrada de urgencias y le pedí que no contara que yo le llevé. Ella no respondió, bajó corriendo tan rápido que ni siquiera cerró la puerta del coche.

Me aparqué a unas cuadras y llegué caminando como si no supiera que Ana estaba allí. En la sala de espera pude ver al señor Asnet hablando a través del móvil y riendo como si nada hubiera sucedido.

Pasé frente a él hasta la máquina de café. “Oye ven aquí ¿quién es la hermosa joven que pregunta por Enzo? Dijo Asnet. Bebí todo mi café de un solo trago y

le dije “No tengo idea Gerard, quizá una amiga, tu yerno es una buena persona ¿lo sabías?” esperando una respuesta más ... ¿humana? Sin dejar de mirar la pantalla de su móvil me dijo “¿Una amiga? el imbécil no perdía el tiempo, siéntate conmigo” dijo.

Veíamos como Ana desesperada buscaba a algún médico que supiera algo. Nadie le daba respuestas y Gerard todo el tiempo indicaba la torpeza de ella. Las miserias no son exclusivas de ninguna clase social, pero este tipo definitivamente era un miserable certificado.

Cansada de preguntar a todos los médicos y enfermeros de la zona de urgencias se acercó a mí y se sentó justo en medio de Asnet y yo. “Tú debes ser el suegro de Enzo ¿me dirías dónde está o al menos que ha sucedido?” le dijo a Gerard.

El empezó a buscar en su bolsillo y sacó un pequeño papel, “Aquí está la nota. Según el doctor Hugo Méndez ha perdido mucha sangre del tipo AB positivo que es difícil de conseguir” se puso de pie y le dio una falsa sonrisa a Ana mientras caminaba a la salida, estando cerca de la puerta y casi gritando le dijo “También perdió una pierna. En tu lugar conseguiría permiso para despedirme de él” mientras leía ese papel y luego lo arrojaba a un cesto de basura como si estuviese jugando.

Ana se tomó de la cabeza y se inclinó hacia el suelo, “¿Qué le pasó?” dijo mirando las baldosas del hospital. Me agaché y le dije “Fue un accidente grave, su padre no lo sabe aún y nadie en la familia Asnet le contará”.

Ella se paró rápidamente y preguntó “¿Sangre AB positivo dijo ese cerdo?” le confirmé con la cabeza que sí. Ella me pidió que le llevara de prisa con los médicos que estaban operando a Enzo hacía varias horas.

Esperamos fuera del quirófano hasta que saliera alguien. Luego de veinte interminables minutos salió el doctor Méndez sacándose la ropa de cirugía llena de sangre, “¿Qué hacen aquí? Es una zona prohibida, estaba por ir a hablarles”.

Le pedí disculpas y supliqué porque me dijera algo, “Logramos estabilizarle, no puedo saber cuánto más resistirá, perdió mucha sangre y es difícil de

conseguir, usamos todo lo que teníamos durante la cirugía” dijo. “En unos momentos la enfermera les avisará para que pasen a verle, no sabemos si pasará la noche” agregó.

El doctor Méndez había desecho la última esperanza que me quedaba, pero Ana era de hierro puro “Doctor yo soy AB positivo, entiendo que ese tipo de sangre es la que necesita”, el doctor volvió su cuerpo y le respondió, “Aunque así fuera, no podemos sacarte más de medio litro de sangre, necesitamos cinco litros, es decir, unos diez donantes. Lo lamento”.

Ella quedó pensando un momento y luego me dijo, “Llévame a casa, debemos hacer esto rápido, no me quedaré a esperar a que muera” dijo y mientras se adelantaba varios metros agregó “Apresura que será una noche larga”. Debo admitir que esa chica tenía una gran determinación y eso me daba tranquilidad.

Una vez en su casa yo quedé esperando en el coche, ella dejó la puerta abierta y regresó con un pequeño papel que observaba mientras marcaba un número en el móvil y se disponía a subir. “Conduce”, dijo mientras aguardaba que alguien atendiese el llamado.

Creo que avanzamos unos pocos metros cuando le iba a preguntar a dónde íbamos, ella me interrumpió poniendo su dedo índice sobre sus labios, pareciera que alguien respondió su llamado “Hola, soy Ana; Ana García. Siento molestar en a esta hora, pero necesito hablar contigo, es urgente”. Le agradeció varias veces y colgó la llamada, “Me enviará su dirección en seguida” dijo.

Yo conducía bajo el manto de la madrugada, hacía tiempo que no veía a la ciudad así, tan silenciosa y los carteles; nunca lo había notado, pero los carteles luminosos se veían hermosos durante la noche. “Oye presta atención, no te duermas, conduce a esta dirección” dijo mientras cargaba la dirección en el GPS.

Llegamos a una modesta casa, los ladridos de los perros eran insoportables. Una chica algo obesa y de cabello despeinado esperaba por nosotros bajo la luz de una vieja farola vistiendo ropa de dormir. Debo ser sincero, ni siquiera sabía que existía esa zona de la ciudad o quizá lo había olvidado, pero no tenía de idea de la gente que habitaba esa zona, “Ten cuidado” advertí a Ana cuando bajó del coche. Noté que hablaron unos minutos y en ocasiones me

miraban. “Vamos baja y trae tu móvil” dijo Ana mientras ambas caminaban al interior de la casa. Aparqué el coche bajo la luz de la farola con la esperanza de que eso le diera algo de seguridad al coche en aquel lugar. “No te preocupes, los chicos de aquí son buenos”, dijo la chica al verme preocupado. Ana me llevó casi estirándome de los brazos hasta el interior de la casa y cerró la puerta, miró a la chica que estaba escribiendo algo en su portátil y le dijo “Raquel él es Robert, está aquí para ayudarnos”.

La chica se puso de pie y estiró su brazo cerca de mi rostro como si fuera a acariciarme, pero su mano siguió y tomó unas carpetas que estaban detrás de mí. “Disculpa, no vi el librero” le dije con vergüenza.

Ella sonrió y dijo, “Pueden esperar en la cocina, esto me llevará unos minutos y mis padres no están, beban lo que quieran excepto la limonada”.

Ana se veía conforme y aunque no me hablaba sentía que ella estaba feliz de contar conmigo. Se levantó y mientras leía la etiqueta de una botella de vodka barato me preguntó “¿Cómo pasó esto? No me cuentes la versión de la policía, dime qué paso realmente con Enzo”. Miré los bordes del mantel que cubrían la pequeña mesa y le dije “Sírveme un trago y hablemos”. Ella tomó unos vasos plásticos que ni siquiera se habían lavado, los llenó de alcohol y dijo “Empieza a hablar chofer”. Bebí el vaso de un solo trago y empecé a contarle todo lo que sabía.

Ella quedó realmente sorprendida, pero no se dio tiempo a procesar la información que yo le había dado. “Veo que hay una fiesta. Ana aquí tengo todos los números telefónicos. A trabajar” dijo Raquel mientras se servía un vaso de vodka.

Nos pasamos toda la madrugada haciendo llamados, pidiendo disculpas por el horario y explicando mil veces la situación. Notaba como Raquel llevaba el control de todo tachando números y anotando nombres. No fue fácil, pero logramos hablar con casi todos.

Raquel tomó esos apuntes y se puso de pie a explicar la situación, “Como me lo esperaba, no todos son AB positivo, pero tienen amigos o conocidos que sí lo son y están dispuestos a ayudar, esa es la buena noticia. El problema es que uno de ellos reside en un pequeño poblado a unos doscientos kilómetros de

aquí y los otros ocho voluntarios están distribuidos por las zonas más alejadas de la ciudad, ni dando todo su esfuerzo llegarían a tiempo”.

No había tiempo que perder así que le pedí a Raquel el número de móvil del que vivía en el poblado y le entregué a Ana todo el dinero en efectivo que tenía en mis bolsillos, “Iré a buscar al del pueblo y regresaré lo antes posible, usa el dinero para enviar taxis a la casa de cada uno de los voluntarios” dije mientras abría la puerta para irme. “Oye espera, aquí hay mucho dinero” dijo Ana mientras me seguía hasta el coche, le miré y respondí tan rápido que no sé si entendió algo de lo que dije, su rostro era de confusión “Usa lo que sobre para los gastos de los chicos”, me marché a toda velocidad.

Al llegar a la carretera logré comunicarme con el joven al que iba a buscar, me dijo que me esperaría con un cartel, con su nombre escrito en el, justo al lado de la interestatal, cerca de una Iglesia.

Realmente me pareció exagerado y por su manera de hablar supuse que estaba ebrio, pero no iba a perder tiempo, colgué y aceleré tanto como pude.

En poco más de una hora estaba allí y efectivamente había un joven con un cartel amarillo que tenía escrito el nombre Daniel, junto a él estaba una mujer delgada que sonreía y levantaba la mano al ver el coche con las descripciones que le había dado al joven. Se acercaron y ella tomaba al joven de la mano, “Buenos días señor, Dios lo bendiga, él es mi hijo Daniel, me han explicado la situación y quiero que sepa que estaremos orando en la Iglesia” dijo la señora.

En ese momento estuve al borde del quiebre. Había pensado que el joven al que iba a buscar era un ebrio que ya no podía siquiera hablar por teléfono. Tenía una prótesis en la mandíbula que no le permitía pronunciar las palabras correctamente. Había sido un imbécil nuevamente. Miré a la señora y agradecí sus oraciones explicando que traería de regreso a su hijo apenas terminara el proceso de extracción de sangre. Salimos algo lento, no quería que esa mujer se preocupara por su hijo, pero no puedo negarlo, apenas se perdió de mi espejo retrovisor, tomé velocidad.

El joven miraba el interior del auto como si le encantara cada parte de él, “De regreso puedes conducir Daniel” bromeé. Intentó reír, pero se notaba que le dolía “Mis amigos me dicen Dani, señor ¿donar sangre duele?” preguntó.

No sabía cómo responder a tanta amabilidad, no entendía cómo había pasado por alto a toda esta gente, mi pasado no era bueno y mis recuerdos sobre las personas no coincidía con esta realidad, “Oye Dani, no duele para nada y yo estaré a tu lado todo el tiempo” respondí, “Gracias señor” replicó Daniel, sin sacar la vista del camino le dije “Mis amigos me dicen Roberto”.

Ya casi estaba amaneciendo cuando llegamos al hospital y la zona de urgencias parecía un desfile de taxis coordinado por Ana y Raquel, ellas recibían con un abrazo a cada persona que bajaba. De inmediato me coloqué detrás del último taxi y le indiqué a Daniel que esas chicas le recibirían mientras yo aparcaba el coche. “¿A que son bonitas Dani?” le dije tratando de calmarle, las miró y dijo “Vaya, la chica de camisa azul es bonita” dijo, nos reímos hasta que le dejé con las chicas y me alejé hacia el estacionamiento.

Era imposible evadir la presencia de ese hombre, “¿Qué se supone que es todo esto Robert? Me llamó el médico diciendo que preparan una transfusión de urgencia. ¿De dónde salieron todos éstos?” preguntó Asnet mirando a los que bajaban de los taxis.

Traté de ser educado y cuidar mis palabras, “¿Éstos? En realidad, son personas que tienen nombre y apellido. Y lo que hacen es algo más que simple amabilidad, es amor por los demás, es amor del que no se ve todos los días” respondí mientras me alejaba de ese hombre, aún podía oír sus insultos, pero no me importaba.

“¿Para mí no hay abrazo?” Pregunté a las chicas mientras todos entrábamos al hospital y una enfermera guiaba a todos los voluntarios. “Teniendo en cuenta la urgencia de la situación, les extraeremos una pequeña muestra para análisis de enfermedades y de inmediato empezaremos con la extracción de sangre” dijo un médico mientras coordinaba con algunas enfermeras para agilizar el proceso.

Y allí estábamos todos sentados en la sala de espera, aún seguía sorprendido, pero la sonrisa en el rostro de todos me llenaba de esperanzas. Luego de esperar casi una hora un médico salió de una pequeña puerta y nos dijo, “De prisa pasen, empezaremos”. Raquel y yo fuimos los primero en ponernos de pie, no estaba acostumbrado a tanto contacto humano, pero despedimos a cada uno con un enorme abrazo y agradeciendo la actitud. “No

necesito más abrazos” bromeó Ana mientras ingresaba.

Raquel y yo quedamos solos en la sala de espera. Creyó que era oportuno hablarme “Luego de enviar a buscar a todos los voluntarios, Ana lloró como una niña ¿Enzo es su novio o algo así?” preguntó. Sonreí al recordar todo lo que Enzo había sufrido y le respondí mientras estiraba las piernas, “No son novios, casi lo fueron, pero yo lo evité boicoteando sus citas a pedido de Jana” respondí.

Ella se veía más confundida que antes, “¿Quién es Jana y porqué habrías de boicotear sus citas?” me preguntó. Sin penarlo mucho respondí “Jana es su esposa, una perversa mujer que ahora se está broceando en el Caribe sin intenciones de regresar a ver a su esposo. Me había ofrecido dinero por arruinar la relación entre Ana y Enzo y acepté sin dudarlo”. Creo que mi respuesta fue horrible, pero fue sincera.

Sonreí y le dije ante su silencio, “Enzo me pedía que todas las tardes pasara en algún coche diferente por la casa de Ana, él siempre quería saber cómo se encontraba Ana. Jamás logró olvidarla”, Raquel algo enojada me dijo, “Ustedes realmente son raros”. Tenía toda la razón.

Podía ver a través del cristal de la ventana la discusión entre el señor Asnet y Enrique, el padre de Enzo. No sabía quién le había avisado, todo había sido muy rápido y yo jamás hubiera tenido el valor de decirle a Enrique que su hijo estaba muriendo.

Luego de que discutieran por un largo rato, el señor Asnet subió a su coche y se largó, mi corazón empezó a acelerarse cuando vi que Enrique venía hacia mí. Entró y camino recto hacia mi sin dejar de mirarme, estaba listo para que me golpeará, me lo merecía.

“Gracias por haber estado al lado de mi hijo todos estos años” dijo Enrique y me abrazó tan fuerte que podía sentir los latidos de su corazón. Fue desgarrador verlo llorar de esa manera, era un hombre de principios que jamás había hecho daño a nadie y no se merecía pasar por tanta angustia. “Todo saldrá bien señor” le decía Raquel mientras tomaba la mano de Enrique.

Uno por uno, los voluntarios fueron saliendo de la sala donde le habían sacado sangre, algunos estaban mareados y el médico nos dijo que se sentaran y comieran algo dulce. Raquel sacó un gran frasco de miel de su bolso y empezó a entregarles pequeñas cucharillas de plástico. Todos cargaron sus cucharas y como si fuera un cumpleaños hicieron una cuenta regresiva, tres, dos, uno ... y todos bebieron la miel.

Con algo de ironía le dije a Raquel “Una mujer que lleva su miel a todas partes, es una mujer que vale por dos” ambos reímos y ella replicó de inmediato “¿Olvidas que seré médica en algunos años? Sabía que necesitarían algo dulce y usamos tu dinero para comprarla”.

El señor Enrique sonrió y me preguntó “¿Todos ellos son amigos de mi hijo?”, le respondí de inmediato “No señor, son amigos y contactos de esa mujer”, mientras señalaba a Ana. “Necesito conocerla luego” agregó Enrique.

Una enfermera nos avisó que estaban ultimando los detalles para la transfusión y que pronto habría noticias; la espera fue brutalmente angustiante.

Casi una hora después, el médico regresó y nos reunió a todos formando un gran círculo, “Hemos logrado estabilizar a Enzo, pero su situación sigue siendo grave. Esperemos las primeras cuarenta y ocho horas para ver su evolución y tendremos nuevas noticias, por ahora solo podrá recibir la visita de familiares directos que deberán registrarse en admisión”.

Me sentí más aliviado, habíamos hecho todo lo posible y sentía que Enzo saldría de esa situación. Recordé que debía llevar a Dani a su casa, pero antes le pedí a Raquel que le cuidara, debía ir a buscar algo a casa y luego le llevaría. Estuvo de acuerdo, pero me pidió que no tarde.

Fui a casa y cargué en el maletero del coche lo que buscaba, pasé por el hospital a recoger a Dani y nos marchamos.

Una vez que llegamos al poblado le pregunté “¿Dónde queda tu casa Dani? No puedo dejarte aquí, llévame con tu madre”, el solo apuntó a la Iglesia. “Vamos Dani, ¿dónde vive tu madre?” insistí. El volvió a indicar la Iglesia y me dijo “Allí vivimos, mi padre es el pastor del pueblo”, pensé que bromeaba hasta que vi a su madre salir de allí con una enorme sonrisa.

Nos acercamos a la Iglesia y aparqué allí. “Dios los bendiga, han regresado”, dijo la mujer. De adentro de la Iglesia salió un hombre que exclamó, “Gracias Dios por cuidar de ellos”.

Dani bajó y fue corriendo a abrazar a su madre, “Gracias por todo señora” dije y me dispuse a partir cuando el hombre dijo “Espera, ¿no quieres orar un rato antes de irte?”. No sabía qué decir, pero si sabía algo que me había quedado muy claro la noche anterior, Dios está en el corazón de cada persona que está a tu lado cuando la necesitas.

Entré a la Iglesia y oramos cerca de treinta minutos. Todos mis sentimientos afloraban y no podía evitar desahogarme derramando lágrimas y suplicando a Dios que perdonara mis errores. Fue uno de los momentos más intensos de mi vida, de repente me sentía lleno de paz, podía sentir que Dios me había perdonado.

Dani y sus padres me acompañaron hasta el coche donde me despidieron deseando bendiciones para mi vida y diciendo que Enzo estaría bien. Y de repente, recordé que en el maletero había llevado aquello que pasé a buscar de mi casa.

Ante la sorprendida mirada de la familia bajé del coche nuevamente y le dije a la madre de Dani, “Cuando vine por su hijo, no tenía idea de que ustedes estaban a cargo de la Iglesia y traje esto, no para ustedes, sino para la Iglesia” abrí el maletero y les entregué aquel antiguo bolso lleno de cartas dirigidas a Dios que escribí de joven.

El padre de Dani vio las cartas y antes de que me marchara me dijo, “No necesitas escribir cartas a Dios, puedes hablar directamente con Él orando” me dijo con mucha amabilidad y una sonrisa indeleble. Les agradecí por todo y prometí estar en contacto, me marché con tanta paz que ni siquiera me sentía apresurado por llegar, sentía que mi alma estaba feliz.

Del otro lado las cosas eran un poco diferentes. Al llegar al hospital vi a Ana sentada en una banca fuera del edificio. Esquivando algunos coches llegué hasta ella y sentándome a su lado le pregunté “¿Qué pasa Ana?”, ella secó algunas lágrimas y me respondió “Pude oír a algunos médicos hablar de la hazaña que logramos consiguiendo donantes y les daba tristeza nuestro

esfuerzo ya que Enzo no tiene chances de sobrevivir”. Esas palabras se clavaron en mi corazón, pero intenté simular entereza y le dije “Lo que se logró anoche fue un milagro y te aseguro que ellos no saben de milagros. Él estará bien, solo ten fe”. Me abrazó y me agradeció por estar a su lado.

Le dije que iría a mi casa a ducharme y regresaría por la noche, Ana y Raquel quedarían en el hospital.

La espera por saber que sería de Enzo fue la más larga de mi vida. *Enrique*

Aquel día no lo olvidaré jamás. Enzo había ido a verme temprano y quería abandonar el negocio con la Familia Asnet, yo no escuché sus palabras y le obligué a estar en una posición en la que él no quería. Le había recomendado no abandonar a su esposa Jana solo por mantener los negocios con el padre de ella.

Recuerdo que salió con un neumático averiado y ni siquiera me molesté en avisarle, consideraba que ya era un hombre grande portándose como un niño.

Una hora después, un granjero vecino me avisó lo que había pasado con mi hijo, él conocía a Enzo de pequeño y creía que todos habían muerto en aquel accidente.

Al oír sus palabras caí de rodillas y lloré gritando al cielo, estaba tan arrepentido de haber manipulado la vida de mi hijo solo por mantener mis principios sin pensar en los suyos. Según los médicos me desmayé y me habían sedado al despertar.

Apenas logré ponerme en pie me dijeron que Enzo estaba vivo, ¡mi hijo había sobrevivido! Pedí al encargado que me llevara a donde tenían a mi hijo y al llegar el imbécil de Asnet cuestionó mi participación en los negocios “Si te hicieras cargo de vez en cuando esto no hubiera sucedido” dijo el idiota. Mientras discutíamos pude ver dentro del hospital al único amigo que Enzo tuvo, Roberto. Entré y le abracé, solo podía llorar. Había un grupo de jóvenes que ni siquiera conocían a Enzo, pero estaban allí para ayudarlo. Roberto me mostró a la mujer responsable de eso y necesitaba agradecerle.

Los médicos dijeron que debíamos esperar dos días para evaluar la evolución de Enzo. Uno de los doctores me pidió que le acompañe a su oficina luego de confirmar que yo era el padre del paciente. “Mire señor, su hijo está grave y no quiero darle falsas esperanzas, no creo que resista más de dos días. Está en coma para evitarle el dolor, perdió la pierna derecha y tiene más de veinte huesos rotos. Si quiere puede estar a su lado hasta que ya no sea necesario”.

Se me formó un nudo en la garganta que ni siquiera cuestioné esas horribles palabras. Me llevó hasta la sala de terapia intensiva y allí estaba mi pequeño Enzo luchando por su vida.

Tomé su mano y pude sentir como un trozo de mi vida se alejaba en cada respiración, lleno de tubos y aparatos él resistía.

Me senté a su lado y estaba listo para estar una eternidad de ser necesario; no me moví hasta que finalmente sucedió.

Jana

La noticia del accidente de mi esposo me cayó en el momento menos oportuno, estaba restableciendo una antigua amistad con Víctor disfrutando del Caribe. No tenía ganas de regresar, para ser sincera sentía que había perdido a mi esposo mucho tiempo antes que ese accidente.

Víctor siempre ha sido un caballero conmigo, no sólo puso a mí disposición su jet, también se ofreció para cualquier cosa que yo necesitara. Habíamos tenido una hermosa velada, una noche de esas que nunca olvidas.

Nos despedimos y prometí que regresaría, él con tana seguridad y una hermosa sonrisa dijo “Lo sé, te estaré esperando” me besó y sentí que necesitaba de alguien así, de un hombre que me cuidara y no un hombre que yo debiera cuidar.

Al regresar fui por el pequeño Fred y luego de ponerme al día con su institutriz, lo llevé al hospital donde vería al insoportable de mi suegro. Mi padre ya me había advertido que todos esos estaban allí, “Genial, será una

reunión familiar” le dije a mi padre desde el móvil mientras hablábamos del tema.

Llegué a ese lugar y se podía respirar la esencia de esas personas. Estaban allí una chica obesa que no conocía y la hermosa Ana, no tenía idea de qué hacía esa ahí, pero ni siquiera me importaba. Mientras pasaba frente a ellas Ana se me acercó y tomó mi hombro “Eres la mujer del aeroclub no recuerdo tu nombre” dijo con cara de confusión, realmente no tenía ganas de hablarle “No me toques” dije mientras sacaba su mano y le agregué “Soy la esposa de Enzo y no importa qué haces aquí solo te advierto que tenemos un hijo, se llama Fred y no quiero escenas”. Se alejó muy confundida.

Me presenté en la recepción y me dijeron que hablara con un médico, no recuerdo el apellido, era un hombre amable, algo desalineado, pero amable al fin. Me llevó hasta la habitación de Enzo y se fue sin decir nada. “Patéticos” pensé al ver a Enrique tomando la mano de su hijo, pero era buena simulando tristeza. Me acerqué y abracé a mi suegro quien no paraba de llorar, sentía que iba a arruinar mi vestido, pero resistí la situación sin huir espantada. “Siento mucho que hayan tenido que soportar todo esto, fue mi culpa, si pudiera volver el tiempo Enzo no estaría aquí, ni tampoco hubiese seguido contigo, sé que ya no se amaban” dijo ese viejo. Quedé sorprendida.

Le dije que no era momento de hablar de esas cosas y que solo debíamos preocuparnos por la recuperación de Enzo, vaya era excelente mintiendo, me sorprendía a mí misma.

Ambos nos sentamos a al lado del cuerpo casi muerto y sin pierna hasta que empezó a temblar y hacer sonidos extraños. Una alarma azul se encendió en el monitor al que iban los sensores y de inmediato ingresaron médicos y enfermeras. Mientras nos pedíamos que saliéramos del lugar logré oír una frase que me alivió bastante “No tiene pulso doctor”, no mentiré o quizá sí, pero eso me calmó y estaba lista para ponerle punto final a esa relación.

Bajamos a la sala de espera y su padre se veía angustiado. También tengo sentimientos por lo que le ofrecí un abrazo, fue extraño, pero le hacía bien llorar. Le hice llorar todo lo que pudiera, quizá así se calmara, pero nada cambió. Allí seguíamos esperando, lo bueno era que la obesa y Ana ya no estaban allí.

Pero sorpresa, al rato llegó Robert “No recuerdo haber pedido un chofer” le dije, el muy imbécil me respondió de mala manera “No vengo por ti, ni siquiera soy tu chofer” dijo mientras se acercaba al padre de Enzo. Lloraron y se abrazaron, ambos se veían tan patéticos que me fue imposible seguir allí. Llamé a uno de los choferes de la empresa y regresé a casa.

Ana

El día del accidente de Enzo fue uno de los más tristes de mi vida, pasaron mil cosas y logramos ayudar de alguna manera, al menos eso sentíamos todos.

Lo que jamás me perdoné fue haberles mentido a todos. Enzo y yo nos volvimos a ver varias veces luego de nuestro supuesto alejamiento, ni siquiera Robert sabía eso y mucho menos Alan, estábamos construyendo una relación y si se hubiese enterado, hubiera terminado todo.

Estaba cansada de mentir y necesitaba un respiro. Estuve todo el día en aquel hospital hasta que una mujer que había conocido tiempo atrás se presentó como la esposa, yo ya lo sabía y también sabía que Enzo no la amaba. Pero evité las discusiones y me marché a hablar con Alan, debía contarle todo.

DESPEDIDAS

Todos estaban pasando por momentos difíciles en sus vidas, era una etapa de decisiones que determinarían sus futuros. En ocasiones las mentiras y los engaños, las traiciones e infidelidades no reflejan la verdadera esencia del amor, pero tampoco significan indiferencia.

El amor se presenta de tantas maneras diferentes como personas hay en el mundo. No siempre viene envuelto de rosas y chocolates, a veces está en el corazón de aquellas personas que tienden la mano a aquél que pueden ayudar. En ocasiones decir la verdad o alejarse es decir a gritos “Te amo”. Y es justamente la etapa en la que cada uno trazará su destino, expresando amor a su manera.

Jana

Luego de estar en el hospital y ver el estado crítico de Enzo, decidí que debía hablar con mi padre, necesitaba terminar con todo eso y estaba dispuesta a decírselo.

Mi padre conocía a Víctor de pequeño, le conté de sus negocios en el Caribe y le dije que quería estar allí. No puso mucha resistencia, me dijo que al ver al padre de Enrique entendió que ningún padre es dueño de la vida de su hijo.

Me dijo que estaba de acuerdo, pero me pidió que antes de partir le firmara algunos documentos y le prepara las ropas del pequeño Fred, “Solo quería que se criara en una familia normal, pero yo mismo me haré cargo de mi nieto” dijo mi padre mientras se servía wiski en su vaso de cristal favorito.

Debo reconocer que tomar aquella decisión me llenó de sentimientos cruzados, sentía la libertad de poder hacer la vida que siempre quise y por el otro lado, me venían recuerdos de aquellos momentos que pasé con Enzo, estoy de segura de que alguna vez lo amé de todo corazón. Y no fui mala, quizá egoísta por pensar solo en mi bienestar, pero la decisión estaba tomada.

Creo que demoré menos de una semana en preparar todas mis cosas, terminar

trámites legales y dejar a Fred con su abuelo. Por supuesto, que seguíamos al tanto de la evolución de Enzo, pero todo indicaba que jamás se recuperaría. Me dejaba tranquila saber que estaría con gente que lo amaba de verdad.

Antes de partir le pedí a papa que me llevará al hospital, no por Enzo, necesitaba hablar con Ana y sabía que estaría allí. Al llegar a la sala de espera vi a Robert, Ana y Enrique.

Todos tenían una mirada diferente sobre mí, pero coincidían en algo, en que yo jamás amaría a Enzo como él se lo merecía. “¿Podemos hablar?” le pregunté a Ana mientras Enrique y Robert se disponían a dejarnos solas, “Toma asiento, siéntete como en tu hospital. Por cierto ¿Que tal ha estado tu semana? No te veo por aquí hace días” dijo reprochando mi accionar. Esboqué una sonrisa y me senté a su lado, “Jamás hubiese hecho algo como lo que tú hiciste por Enzo, ni en nuestros mejores tiempos. Me iré del país y no estoy huyendo, estoy decidida a hacer mi vida con alguien que me haga feliz. Enzo también se merece ser feliz y te aseguro que nadie lo amará más que tu”.

Ella fingió una sonrisa y me dijo casi enojada “Conveniente momento para ser feliz has elegido. Felicidades”. Sabía que hablaba desde el dolor, su ira hacia a mí era el reflejo de la impotencia que sentía por no poder hacer nada por Enzo. No había mucho que pudiera hacer por eso, solo explicarle que Fred no era hijo de Enzo, era el hijo de mi hermano y que Robert no tenía nada que ver con mis locuras anteriores, solo hacía lo que le pedía porque necesitaba el dinero para mantener a su familia.

Noté que mis palabras no llegaban a ella, se veía angustiada y las horas en vela la tenían cansada, imaginé. Me puse de pie y supe que no la volvería a ver, solo me despedí sin recibir respuesta de su parte y me largué.

Mi padre me llevó hasta el aeropuerto y me dijo “Sabes que te voy extrañar, quisiera creerte cuando dices que vendrás de vez en cuando, pero sé que no será así Jana” me abrazó y fue la primera vez que le vi llorar. Eso me conmovió de verdad, “Se que algún día regresaré a visitarte, por favor no le muestres los papeles de divorcio a nadie, al menos hasta que Enzo esté mejor” dije mientras me preparaba para abordar mi vuelo.

Él tomó su chequera y lo conocía muy bien así que detuve su pluma y le dije

“No será necesario papá, estaré bien”. Levantamos la cabeza al oír que a través del parlante anunciaban por última vez la partida de mi vuelo, todos debían abordar. “Eres igual a tu madre, tan hermosa y decidida hija” me volvió a abrazar y agregó “Vamos es el último llamado, ve y haz lo que siempre he querido hacer, sé feliz por todos”.

En mi interior sabía que estaba haciendo mal muchas cosas, pero mi necesidad de ser feliz se imponía por sobre la voz de mi conciencia. Mientras me alejaba de mi padre no giré el rostro, no quería ver su mirada y escondida detrás de la cobardía, abordé el avión.

Alan

Yo era muy consciente de lo que venía pasando con Ana, ella siempre fue una buena persona y durante los últimos días se la había pasado en el hospital donde tenían al bogado Enzo. Por momentos sentí celos, pero sabía que Ana hubiese hecho lo mismo por mí.

Le hice compañía varias noches en aquella sala de espera junto al padre de Enzo. La conocía desde pequeña y sabía que estaba sufriendo, podía ver el amor en sus ojos. Sabía que no era el momento de contarle lo que había sucedido con Brenda y los medicamentos de mi madre, por eso callé y la seguí amando en silencio.

Aquel día en que recibí la carta del banco donde amenazaban con sacarnos la casa y dejar de financiar la medicación de mi madre, acudí desesperado a Brenda. Ella no lo dudó y aunque no supe de dónde vino tanto dinero, estaba agradecido y sabía que jamás podría pagarle lo que había hecho.

Gracias a Brenda mi madre estaba siguiendo su tratamiento en uno de los mejores centros médicos de la ciudad. No me alcanzarían las palabras para agradecerle.

En una de esas noches que rotábamos de guardia con Ana en el hospital, ella me pidió hablar, según dijo se trataba de algo importante y sentía que era el momento de decirlo. Antes de decirme lo que quería decir, me preguntó “¿Qué opinas de la infidelidad?”, pensé que sospechaba que Brenda y yo teníamos algo. “Creo que, aunque se trata de un acto de traición, no siempre indica que

has dejado de amar a quien engañaste”. Ella sonrió mientras caminaba lentamente en círculos y finalmente se sentó a mi lado “Alan tú siempre has estado a mi lado, como mi amigo y ahora como mi novio. Y estoy segura de que te mereces la verdad” dijo. Me preocupé, pero le pedí que continuara.

“Durante el tiempo en que hemos estado juntos me he encontrado con Enzo algunas veces y, aunque no lo creas, no siento que he dejado de amarte”. Sin decir nada me puse de pie y tratando de ser amable le dije “Debo irme y sabes que cuentas conmigo para lo que necesites” caminé hacia la salida, “Espera, ¿no dirás nada? Preguntó.

Muchas sensaciones recorrían mi mente y respondí mirando al suelo, “Todo Ana, todo lo has dicho tu” me marché a casa.

Evité llorar, evité llenarme de ira y evité pensar en ella. Al llegar a casa, llamé de inmediato a Brenda, me había pasado todo el día con Ana y me había olvidado llamar. “Brenda, siento llamar tan tarde, estuve en el hospital donde tienen al abogado Enzo” le dije, ella con su típica amabilidad me respondió “No te preocupes Alan, tu madre ha estado estable y responde perfectamente a la medicación. Saldré en veinte minutos y si quieres te llevo el reporte del día”.

Ella tenía a mi madre en aquel prestigioso centro de salud, atendida por los mejores médicos y recibía un tratamiento digno, “Me encantaría ver los datos del día, estaré en casa esperando” le dije mientras me arrojaba a la cama.

Preparé comida casera, de las que le cocinaba a mamá y esperé hasta que llegó. “¿Es pizza lo que huelo?” preguntó mientras entraba a casa con una gran carpeta. Le invité a sentarse, “No es exactamente pizza, pero lleva mucho queso, es una receta de mamá, espero te guste” le dije.

Nos sentamos y empezamos a leer los informes desde el día en que mi madre fue ingresada a aquel Centro de Salud y su evolución era extremadamente favorable. Sentía que la vida me daba lo bueno cuando lo necesitaba.

Esa noche cenamos y no pude evitar contarle lo que había sucedido con Ana, pensé que ella lo tomaría con alegría e intentaría que entre nosotros empezara algo, pero no fue así. “No entiendo sus motivos, pero entiendo que necesitas tiempo. Yo me encargaré de cuidar de tu madre, tómate unos días para pensar e

intenta hablar con ella y solucionar las cosas” dijo.

Quedé sorprendido de verdad, no esperaba tanta comprensión por parte de Brenda, le agradecí una vez más por todo lo que estaba haciendo y entendí que Ana y yo, nos debíamos una charla.

Al día siguiente regresé al hospital donde estaba Ana, pero solo vi a Robert, “¿Sabes dónde está Ana?” le pregunté sin saludar. Él me dijo que un médico la estaba atendiendo y que durante la madrugada tuvo náuseas.

Me preocupé por un instante, pero recordé que llevaba días comiendo cualquier cosa y sin dormir, quizá estuviera con indigestión. Esperé junto a Robert hasta que salió de una sala de atención médica. “No pensé volver a verte” me dijo. Le pregunté si estaba bien y me dijo “Según la médica de guardia, mi malestar se debía al estrés y a la mala alimentación”. Esa espera le estaba haciendo daño y era la oportunidad perfecta de pedirle que almorzara conmigo.

Fuimos a un restaurante barato donde servían buena comida y nos dispusimos a hablar, pero antes de que empezara le dije “Sé que no debí irme la noche que me lo contaste todo, espero entiendas que no podía seguir de pie frente a ti sin llorar”. Ella solo me miró y dijo “Estoy dispuesta a ser sincera Alan, no deseo mentirte, fuiste mi mejor amigo por años, pero apenas termine este filete te lo explicaré a detalle”.

Sabía que amaba a esa mujer y su traición me había dolido mucho, estaba dispuesto a perdonarla y empezar de nuevo. Pero no había pensado en nadie más, ni en Brenda y menos en Enzo.

Solo para interrumpir su almuerzo le pregunté “¿Qué han dicho los médicos de Enzo?”. Ella respondió “Según ellos está mejorando, le mantienen sedado hasta que sus huesos se curen, necesitará meses de rehabilitación y medicina por el resto de su vida”. Esa era una buena noticia, pero no se le veía feliz.

Luego de comer, le invité a ir al puerto a ver los barcos que iban a cualquier parte del mundo, ella sonrió como una niña y fuimos a aquel lugar. “Ana sé que necesitamos hablar y sé que serás sincera, solo te pido que no me cuentes detalles” le supliqué. Ella se sentó en el muelle y me dijo “Ven, siéntate a mi lado y dime cuál es tu barco favorito”. Le indiqué con el dedo índice un

pequeño bote azul cerca de los enormes cargueros. “¿En serio, te gusta un bote tan pequeño?”, era exactamente los que quería que ella viera, le respondí mientras acariciaba su largo cabello, “Quizá sea un bote pequeño, pero ¿sabes que lo hace mejor que los demás?” le pregunté, ella negó con la cabeza, me sonrió dulcemente y dijo “Dime que hace tan especial a ese bote”. Solté su cabello y mientras tomaba algunas hojas secas del suelo le dije “Cualquiera de esos enormes cargueros o cruceros son capaces de ir a cualquier parte del mundo y dejarte aquí en el puerto esperando, pero aquel pequeño bote azul jamás te abandonará, quizá no te muestre el mundo, pero nunca te sentirás sola con él y siempre, pero siempre Ana, podrás contar con él”.

Al oír aquellas palabras ella agachó la cabeza y dijo que yo tenía razón, pero me explicó lo que había pasado con Enzo, sinceramente fue una mezcla de alegría y del dolor más profundo que una persona pudiera sentir en la vida.

Cada palabra que decía destruía mi corazón y cada respiro se sentía como fuego en los pulmones. Resistí sin llorar, no demostré dolor y la cuidé hasta el último momento, la llevé de regreso al hospital y pedí a Robert que cuidara de ella porque que yo no estaría en la ciudad.

Ana creyó que sus palabras no me habían hecho daño, me despidió con un abrazo y hasta dijo que me llamaría para decirme como iba todo.

Caminé hasta casa porque me daba vergüenza subir al autobús llorando. Sabía que era una despedida y de esas de las que nunca te recuperas.

Ana

El día en que le conté todo a Alan creí que jamás lo volvería a ver. Yo me había encargado de destruir su corazón, había perdido su confianza y por sobre todo, había perdido a un gran amigo.

Una de esas largas noches en el hospital me sentí mareada y con náuseas. Una médica de urgencias me atendió a pedido de Robert. Estaba segura de que la mala alimentación le estaba pasando factura a mi cuerpo.

La doctora tocó mi abdomen luego de hacerme recostar en una camilla y levantar me camiseta. Oyó los latidos de mi corazón y me dijo que era muy

probable que el estrés estuviera provocando una indigestión. Me tomó una muestra de sangre y me pidió que esperara unos minutos.

Quedé en aquella camilla observando el techo de esa habitación, no podía creer que en un mismo edificio había una mujer con dolores de estómago y unos pisos más arriba había un hombre mutilado peleando por su vida. La puerta se abrió y la médica dijo que los estudios de laboratorio demorarían un poco. Cuando bajé mi camiseta con intenciones de irme la doctora me pidió unos minutos más. Necesitaba un último estudio para poder aliviar mi indigestión o calmar mi estrés, eso dijo.

No era necesario ser médico para darse cuenta de que el aparato que estaba utilizando era un ultrasonido o algo parecido. Le rogué que no dijese nada a nadie luego de confirmar sus sospechas. Tenía casi dos meses de embarazo y por primera vez en mi vida, no supe cómo reaccionar.

Al salir de esa habitación me sorprendió ver a Alan junto a Robert. Tuve que volver a mentir y decirles que se trataba de una indigestión o algo del estómago. Quizá fue otro error ya que Alan se preocupó y me invitó a comer a un restaurante pequeño y agradable. Me dijo que nos debíamos una charla sobre mi relación con Enzo.

No tenía ganas de seguir mintiendo, pero tampoco quería herirlo. Le conté sin muchos detalles acerca de lo que tenía con Enzo, le expliqué que estaba enamorada.

Mis palabras parecieran no haberle hecho daño y eso me alivió. Me pidió que fuéramos al puerto al que íbamos de vez en cuando y allí resumió todo con una simple comparación.

Me dijo que a diferencia de los lujosos cruceros amarrados al puerto, él era como un pequeño bote que jamás me abandonaría. Sentí que estaba dispuesto a perdonarme y seguir como si nada hubiera pasado, pero había un problema, yo amaba a Enzo.

Intenté explicarle utilizando cuidadosamente mis palabras, pero pareció no importarle. Pareció que nada le había dolido y jamás perdió la sonrisa. Se ofreció para acompañarme de regreso al hospital y luego de hacerlo simplemente se despidió.

Parecía que se lo había tomado muy bien. Por mi parte, sentía que la única persona en la que podía confiar era en Robert, estaba lista para contarle sobre el embarazo y pedirle su consejo. Y así lo hice, pero algo en Robert era diferente, no sé exactamente qué, pero era diferente.

Tomó mis manos y me pidió que inclináramos la cabeza, oramos y aunque yo nunca fui de asistir a ninguna Iglesia, aquella oración me llenó de paz.

El padre de mi futuro hijo tenía derecho a saber lo que estaba sucediendo. Robert me recomendó decir la verdad cuando fuese oportuno.

Cristina

Mi pequeña Ana. Se veía destrozada, ya no venía a casa. Yo iba a verla a aquel hospital casi todos los días.

Podía ver la manera en la que sufría, de verdad amaba a aquel hombre.

Recuerdo que Robert, el hombre que siempre estaba con ella en el hospital me había dado su palabra de que se encargaría de cuidar de mi hija. Ese hombre se veía serio y responsable, confié en él de inmediato.

Antes de que ocurriera el accidente yo me había contactado con el padre de Ana, estaba dispuesta a contarle todo acerca de él, pero creí que no era el momento oportuno.

Respecto a Alan, no tengo palabras para expresar la profunda tristeza que sentí por él. Lo único que me hacía sentir mejor era saber que una mujer lo estaba ayudando con su madre, una mujer que evidentemente, lo amaba de verdad.

BESOS DEL AIRE

Solo dos personas en el mundo sabían que yo era el padre de Ana. Nunca le dije la verdad por una simple razón, cuando su madre y yo nos separamos yo no sabía que estaba embarazada.

Me enteré casi diez años después, pero su madre, Cristina, no quería que me acercara. Ella decía que no quería que su hija fuera como yo. Tenía razón, yo era un cerdo codicioso que ni siquiera festejaba la Navidad con tal de ganar más dinero.

Brenda

Luego de tantos años, sentía que estaba saldando una deuda. Había logrado que la madre de Alan ingresara a un Centro de Salud especializado y veía que él se sentía más aliviado.

En aquellos días él me había dicho que la tal Ana le había sido infiel, no puedo mentir, la odié. No podía entender cómo una mujer puede hacerle eso al hombre que más la ama en el mundo.

Intenté aconsejarle y que arreglara las cosas con Ana, pero no funcionó. Lo sé porque luego de que hablara con ella, me llamó y pidió que nos viéramos, lo conocía y sólo con oír su voz sabía que estaba mal.

Luego de terminar mi jornada laboral, pasé a buscar el reporte diario de Olga, la madre de Alan y todo se veía bien. Fui hasta su casa y la puerta estaba abierta. Nunca lo había visto beber tanto, estaba sentado en el sofá y su botella de wiski casi no tenía nada. “Ven acompaña a este idiota” dijo mientras me hacía un lugar en el sofá.

Entré y me senté junto a él, dejé el informe sobre la mesa y me serví un trago doble de su bebida, “Creo que yo también necesito de esto” le dije mientras bebía el trago de una sola vez. El miró y rió “Y yo que pensaba que era el único de fiesta aquí”.

Se veía triste, ni siquiera aquella angelical sonrisa podía ocultar su tristeza, “Vamos, dime que ha pasado” le dije. Podía notar como sus ojos se llenaban de lágrimas y el alcohol le hacía decir cosas sin sentido, o quizá tenían demasiado sentido. “Hoy me dejado por un millonario que viste bonito y como si fuera poco ha rechazado mi pequeño bote azul” dijo con dificultad. Claramente estaba muy ebrio y no entendí lo del bote azul, pero no podía dejarlo así.

Fui hasta la cocina y empecé a prepararle algo para que se le pasara la borrachera. “Tú sí que sabes tratar a un hombre Brenda ¿y si nos casamos?” decía desde la sala. Algunas de sus palabras me causaban gracia, pero otras herían mi corazón.

Lo obligué a sentarse a la mesa y le saqué el alcohol. Mientras comía yo solo lo observaba, aún podía ver en su mirada a aquel niño con ese precioso lunar a un lado de la boca, que me sacó de apuros años atrás. “Brenda tu tampoco quieres estar conmigo ¿verdad?” Se me hizo un nudo en la garganta, estar con él era todo lo que deseaba para mi vida, pero sabía que no me amaba a mí, el nombre Ana estaba tatuado en su frente, jamás la olvidaría. Le tomé la mano y le dije “No hay nada más en el mundo que deseé tanto como estar contigo. Te he amado desde el primer día en que te ví ¿lo recuerdas? Cuando me llenaste de agua en la Facultad tu primer día”. Él empezó a reír tanto que casi se atraganta con la comida, “Casi lo había olvidado, te veías tan bonita y tan elegante que fue imposible no arrojarte agua, fue genial”.

Hablamos algunas horas hasta que logré que se durmiera en mis brazos, acariciar sus cabellos era tan lindo, me sentía feliz a su lado. Pero era consciente que todo se debía al alcohol y al desplante de Ana.

Le dejé durmiendo en el sofá y casi sin hacer ruidos me marché en plena madrugada, a tan solo dos horas de regresar al trabajo. No me importaba no haber dormido, era feliz al estar con Alan y eso valía mil noches sin dormir para mí.

Alan

Luego de dejar a Ana e ir a casa llorando todo el camino. Decidí abrir una vieja botella de wiski y hacer mi propia fiesta. La vida es una sola y no podía

seguir llorando por un amor que se marchaba, aunque fuese el amor de mi vida.

Luego de varios tragos sentí la necesidad de hablar con alguien y la única persona que siempre estaría a mi lado era Brenda, la llamé y le dije todo.

Cuando llegó a casa y cenamos, le pedí que estuviera a mi lado hasta creo que le pedí matrimonio. Quizá fui exagerado, pero hablaba en serio, quería que se quedara a mi lado para siempre.

Pude notar que no creía en mis palabras y estaba seguro que se debía al alcohol. Ella pensó que yo solo le dije todo eso porque estaba ebrio. En realidad, hablaba en serio, aunque ella no me creyera. Pero no importaba, esperaba a que se pasara el efecto del alcohol y le diría lo mismo, pero estando sobrio.

Desperté cerca del medio día en el sofá, mi reacción fue buscar a Brenda por toda la casa. Pero ya no estaba. Sabía que debía ir a verla y también sabía dónde estaría.

Antes de ir a la Universidad me encargué de llevar conmigo los ahorros que había juntado por alguna eventual emergencia y ésta era una emergencia. En el camino hice unas paradas y compré lo necesario. Al llegar ahí estaba ella, siempre tan elegante y profesional, me paré en la puerta del aula y ella sin verme preguntó a la clase “¿Preguntas?”, supe que era el momento, “Doctora yo tengo una pregunta” dije mientras entraba ante el asombro de mis compañeros, “Alan no hagas esto” dijo Brenda entre dientes.

Me acerqué a ella y le dije “Durante años he buscado algo que no existe, he dedicado mi vida a cosas que no son ni serán y jamás presté atención a lo que me rodeaba” me arrodillé mientras sacaba el anillo que acababa de comprar. Ella estaba inmóvil y no decía nada. “Doctora Brenda Mendoza, ante los ojos de Dios y de todos estos alumnos que me ven sobrio, ¿aceptaría ser mi esposa y acompañarme por el resto de nuestras vidas?” podía oír los murmullos de los alumnos, pero solo me importaba lo que ella iba a decir.

Ella miró a todos en el aula y luego dirigió su mirada hacia mí, “No entiendo qué intentas hacer Alan, pero lo único que puedo decirte ante esta situación en

la que tú me has puesto es que ... me encantaría ser tu esposa y pasar hasta el último día de mi vida a tu lado” me levantó y ante los aplausos de todos nos dimos el beso más sincero y largo de la historia, un poco exagerado quizá, pero fue un beso que resumió mi vida en una sola palabra, “amor”.

Robert

La propuesta de matrimonio de Alan en plena clase era furor en todas las redes sociales y era cuestión de tiempo que Ana lo viera. No sabía si decirselo o esperar a que se enterara.

Enzo no despertaba y los médicos nunca decían nada nuevo, decían que era necesario tenerlo sedado, aun así, ella fue una mujer de hierro, siempre estuvo al lado de Enzo. Ella había creado una hermosa relación con Enrique, el padre de Enzo y juntos esperaban por el día en que despertase.

No pasaron muchos días hasta que Ana se enteró de que Alan iba a casarse, fue en una de esas largas madrugadas que pasábamos en la sala de espera viendo su móvil. Recuerdo que con lágrimas en los ojos me mostró uno de los tantos videos que algún alumno había grabado, “No estés triste, debes ser fuerte” dije.

Ella sonrió y me dijo “No lloro de tristeza, lloro de felicidad. Ese hombre que ves en el video es una de las mejores personas que conocí en mi vida, se merecía una mujer que lo amara de verdad y Brenda realmente lo ama”.

En los últimos tiempos nos habíamos abrazado muchas veces, pero esta vez fue diferente, sentí un abrazo profundo y mucho más fuerte de lo habitual. Justo en ese momento salió un médico que terminaba su turno y como ya era habitual en Ana, le preguntó cómo estaba Enzo, “Igual” respondió el médico sin mirarla.

Sabíamos que el proceso no sería un camino de rosas y estábamos listos para recibir a Enzo cuando mejorara.

Los primeros rayos de sol atravesaban el delgado vidrio de la sala de espera “¿Quieres café?” le pregunté a Ana mientras dormía en un sofá, creo que dormida respondió que sí.

Al regresar pude ver que en la zona de estacionamientos estaba él, no tenía idea de que podría querer, me puse en la puerta con mis dos vasos de café y le dije “¿No te has divertido lo suficiente Gerard? ¿Qué quieres aquí?”, el sacó unos papeles y dijo “Vamos Robert me conoces, no me causa gracia nada de esto. Traigo estos documentos para que se los entregues a Enzo” dijo mientras me explicaba “No sólo es su desvinculación con la empresa PENCAS, también está el divorcio firmado por mi hija Jana”.

No supe qué decir, dejé uno de los vasos de café sobre una silla y esperé a que Gerard se fuese para mostrárselos a Ana y a Enrique.

Tratando de leer los papeles caminé hasta Ana, “¿Tú café y yo tarea?” preguntó con un tono algo irónico. Bajé la carpeta con los documentos en la mesa de vidrio que estaba justo frente a ella, “¿Qué es esto?” preguntó confundida mientras hojeaba las primeras páginas. Sonreí y le dije “Es lo que Enzo siempre ha querido”. Le expliqué de que se trataban esos documentos y de inmediato ella consideró que sería una gran noticia, “Debemos decírselo a Enrique” dijo mientras estiraba mi brazo.

Cuando llegamos al pasillo vimos a Enrique recostado en una silla, estaba dormido. “Ha estado aquí mucho tiempo, sería genial que descansa un poco ¿no crees?” le dije. Ella estaba emocionada y pasando frente al cuerpo dormido de Enrique ingresó a la sala donde tenían a Enzo. Unos segundos después oí gritos y me abalancé a la puerta, Enrique se puso de pie de un susto y unas enfermeras corrieron a la habitación. Entramos y definitivamente no lo podía creer.

“¿Cuánto tiempo llevo aquí?” preguntó Enzo despertando de aquel profundo sueño, una enfermera se acercó y le preguntó “¿Siente dolor?”, Enzo tratando de acomodarse en la cama y sonriendo cada vez que miraba a Ana respondió “Me duele todo, ¿qué ha sucedido?”, la enfermera le tocó el pecho como queriendo recostarlo de nuevo y le dijo “Ha tenido un accidente y se lesionó, anoche el doctor dejó de suministrarle sedantes, considera que le hará bien hablar con sus seres queridos. Los dejaré un momento” dijo la enfermera mientras se alejaba con una sonrisa.

Ana se arrojó sobre Enzo y su padre también, “Al menos dejen que le agarre la mano” dije riendo. “Ven aquí Robert” dijo Enzo entre risas y abrazos.

Había mucho de qué hablar, su divorcio, la desvinculación con PENCAS y lo peor, su pierna, sabía que eso lo destrozaría y no quería estar allí cuando eso sucediera. Dejé la carpeta a Enrique mientras Ana y Enzo se besaban como adolescentes, ella era como una bufanda envuelta a su cuello. Enrique me miró confundido y me preguntó de que se trataba, le miré y con gran alivio le respondí “Es todo lo que Enzo siempre ha querido”. Me alejé mientras le veía leer con alegría, esa habitación resumía todo lo que Enzo necesitaba y había anhelado durante mucho tiempo.

Sin más, bajé hasta la salida y me acerqué a un guardia, muy amablemente le pregunté, “¿Puede ver el coche negro de allí?” el hombre levantó la cabeza y mirando al estacionamiento me dijo “¿El alemán? Es bonito”; sonreí ya que fue igual a mi primera impresión cuando vi ese coche. Metí mi mano en el bolsillo del pantalón y le entregué las llaves, “Ese coche es del señor Enzo Calleti, lleva internado aquí un tiempo, quizá su padre o su novia lo necesiten. ¿Sería tan amable de entregarle las llaves?”. El guardia tomó las llaves y me dijo que avisaría al dueño o a sus familiares.

Le había dicho a Enrique que iría por cigarros y volvería en seguida, necesitaba estar con mi familia y sentía que había hecho todo lo que estaba a mi alcance. Era consciente de que nada enmendaría los errores de mi pasado, pero al menos sabía que había sido útil cuando Enzo, Ana y Enrique me necesitaron. Hasta ahí había llegado mi trabajo o, mis servicios. Pero Enzo sabía que siempre podría contar conmigo.

Me alejé de aquel lugar caminando con las manos en los bolsillos y al voltear a ver ese hospital simplemente, sonreí.

¡Habíamos vencido a la muerte!

Enzo

No recuerdo exactamente cómo fue el accidente, solo recuerdo despertar en la cama de un hospital rodeado de las personas que más amo en el mundo.

Mi padre se veía tan feliz, nunca lo había visto tan contento y Ana, ella no me había abandonado. Es verdad que al principio me llamó la atención la ausencia de Jana o Gerard, pero luego mi padre me explicó que había sido despedido de la compañía y que también me había divorciado, “Vaya que

hicieron de todo durante mi siesta” dije y todos reímos.

Había notado que algo estaba mal en mi cuerpo, aunque mis movimientos estaban muy limitados pude notar que la sábana no cubría nada en el lugar en el que debía estar mi pierna. Ana se percató de mis observaciones y con tanta dulzura me dijo “Podrán faltarte las dos piernas o ambos brazos, yo amo tu corazón y nada ni nadie cambiará eso” dijo mientras acariciaba mi rostro “Además ¿quién necesita dos piernas para amar?” agregó.

Sus palabras de aliento eran reconfortantes, aunque he de reconocer que fue impacto brutal en mi cabeza. Pero siendo sincero, no me importaba, tenía más de lo que hubiese deseado, una mujer que me amara de verdad y un padre que había entendido que no siempre tiene la razón. Si el precio de tener todo eso fue una pierna, siento que lo conseguí en oferta.

Luego de hablar por casi una hora, el médico entró a la habitación y nos explicó la situación, “La rehabilitación será larga y quizá duela un poco, pero con la ayuda de su familia lo logrará pronto y estaremos listos para utilizar una prótesis. Solo quiero decirle dos cosas, la primera es que estará aquí cuarenta y ocho horas más en observación, y la segunda es que sin la sangre de todos esos jóvenes usted estaría muerto, tiene un ángel y Dios lo ama demasiado”. Le sonreí algo confundido.

Una vez que el médico se fue Ana me contó lo que había sucedido, me dijo que varios voluntarios se presentaron a donar sangre cuando yo estaba muriendo y eso me llamó la atención, “Mi sangre es rara, ¿de dónde salieron los voluntarios?” pregunté.

Ana se puso de pie y miró por la ventana, "Desde aquí veo el estacionamiento. El día en que necesitabas sangre, una amiga que se llama Raquel y Robert me ayudaron a encontrar personas con tu mismo tipo de sangre. Todos pasaron por aquel estacionamiento” dijo mientras secaba sus lágrimas y agregó “Esas personas ni siquiera te conocieron, ni siquiera me conocían a mí, lo hicieron por salvar la vida de un desconocido que los necesitaba”. Nunca habían hecho algo así por mí y fue imposible evitar emocionarme ante los cristalizados ojos de mi padre.

Ana se secó las lágrimas y sentó junto a mi padre, él estaba algo pensativo, no

sabía cómo decirme lo que pensaba. “Hijo siento haberte presionado y aunque a veces soy duro contigo es porque siempre supe que podías dar más de ti, no quiero volver a presionarte, pero quiero hacerte una oferta de empleo hijo, también a ti Ana. Deseo desde lo más profundo de mi corazón que ustedes se hagan cargo de la granja y no te preocupes en ocultar la verdad, Ana ya sabe cómo cuidamos de los animales en la granja” dijo tomándome de la mano.

En ese momento me sentí preocupado “¿Sabes de la granja?” le pregunté, ella me miró y con admiración a mi padre dijo “Lo sé, tu padre me contó todo y no entiendo por qué no me lo dijiste antes. Me hubiese encantado ayudar en ese lugar” dijo. Ese mismo día me enteré que sería padre.

Sentía que todo lo que había soñado se estaba haciendo realidad, es verdad que perdí mucho en aquel accidente, pero estoy seguro de que gané mucho más después.

Los días pasaron y luego de salir del hospital e instalarme en la granja de mi padre conocí a Cristina, la madre de Ana. Ella estaba feliz por su hija y por el trabajo que hacíamos en la granja. Prometió visitarnos más seguido y por supuesto, nos pidió que la fuéramos a ver de vez en cuando a la ciudad.

La pequeña panza de Ana gestaba el amor que supimos conservar, todos esperábamos con ansias la llegada del pequeño Roberto. De común acuerdo decidimos ponerle ese nombre en honor al hombre que en silencio sostuvo a cada uno de nosotros. Había desaparecido de la ciudad, lo último que supe era que se había mudado a un pequeño poblado y era voluntario en una Iglesia del lugar.

Respecto a Jana, no hay mucho que decir. No la culpo de nada, el estilo de vida que estaba llevando en el Caribe era el que siempre quiso y yo jamás le supe dar. Tenía entendido que se había casado con un magnate del turismo, supuse que la estaba pasando genial.

Gerard no volvió a hablarnos directamente, pero, aun así, éramos el único y más grande criadero de animales felices. Seguíamos haciendo nuestro trabajo con la mayor dedicación y amor posible.

En cuanto a Alan, me enteré de que había obtenido su diploma de médico y

estaba casado con una de las pediatras más respetadas del país. Según lo que Ana me había contado, la madre de Alan seguía en constante mejora gracias a una atención médica de excelencia. En ocasiones nos llamaba para saludar e incluso su madre hablaba con Ana. Todo había salido bien para ese chico o, mejor dicho, para el doctor Farías.

Me llevó algo de tiempo adaptarme a la prótesis, pero vaya que era genial, incluso más resistente que una pierna de carne y hueso.

Todo en nuestras vidas estaba previsto. Planeábamos casarnos unas semanas antes de que naciera el bebé y lo haríamos en aquella Iglesia en la que Robert era voluntario.

Mi padre, Ana y su madre Cristina, el bebé en camino y yo, habíamos logrado crear algo que jamás nadie lograría desarmar, habíamos formado una familia llena de amor que cada día agradecía la existencia del otro.

Carina

Lego de que Enzo saliera del hospital mi hija me había contado que esperaba un bebé, la emoción en mi fue indescriptible, ¡Sería abuela! Ellos se mudaron a la granja del padre de Enzo y allí criaban todo tipo de animales. Nunca entendía mucho del tema, pero se los veía felices, tan felices que volví a hablarle al padre de Ana, no quería que ella sufriera.

Le rogué que no hablara con Ana y él simplemente me pidió ver algunas fotografías de su hija. Él era un buen hombre y estaba dispuesto a seguir alejado de Ana con tal de verla feliz.

Nunca logré entender cómo había sucedido todo, sus historias son tan complicadas.

Ana dice que lo conoció durante una protesta en la que arrojaba pintura y Enzo dice que fue durante un concierto de un bar llamado lágrimas nocturnas. Por la manera en la que Enzo contaba la historia riendo, notaba que solo quería enrabiatar a Ana.

Ya no importa cómo sucedió, lo importante es que sucedió.

Y aunque aún queden miles de lágrimas nocturnas esperando ser derramadas, todos deberían saber que el amor verdadero existe, quizá no evite las lágrimas, pero siempre secará tu llanto.

Tino

Es el padre de Ana y dueño de la empresa